13.

Num. 70.

COMEDIA FAMOSA.

MEJOR ESTÁ QUE ESTABA.

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Flora, Dama.	*Nise, Criada.*	*Arnaldo.*	*Celio, Alcayde.*
Laura, Dama.	*Carlos Colona.*	*Fabio.*	*Julio, Criado.*
Silvia, Criada.	*Dinero, Criado.*	*Don Cesar, Viejo.*	*Criados.*

JORNADA PRIMERA.

Sale Flora quitandose el manto, y poniendose otro vestido, y Silvia, Criada.

Flor. DAme presto otro vestido,
quitame este trage presto.
Silv. Qué traes, señora? qué es esto?
qué tienes? qué ha sucedido?
Flor. Pierdo en pensarlo el sentido,
mira en decirlo qué haré?
Silv. La ropa está aqui. *Flor.* Aun no sé
si estoy segura. *Silv.* Señora,
en tu casa estás. *Flor.* Ahora
lo que ha pasado diré:
Ya sabes las grandes fiestas,
que Alemania, agradecida
de su gloria á la fortuna,
como al cielo de sus dichas,
previno al recibimiento
de la gallarda Maria,
feliz Infanta de España,
y Reyna feliz de Ungria:
Ya sabes, que mas que todas,
esta famosa Provincia
de Bohemia se mostró,
como noble, y como rica,
á cuyo aplauso la fama,
con voces mil repetidas,
convidó al mayor teatro,
que vió el sol, en quantos gira
circulos de vidrio, y nieve,
desde que el alva le riza
la crespa melena de oro,
hasta que la noche fria
se la desmaraña, siendo
Fenix de la edad de un dia,
desde el oriente al ocaso,
lecho, y marmol, cuna, y pira.
Esta tarde, que el Danubio
era el circo, donde habia
de ser un torneo de agua
la fiesta, porque de envidia
de la tierra no muriese,
viendo que ella merecia
siempre en su esfera á su sol;
Madama Laura, mi amiga,
y mi vecina, con quien
esos jardines confinan,
me envió con un criado
á decir, que si queria
ir á hallarme disfrazada
en las fiestas prevenidas;
pues por ser las fiestas de agua,
lugar, ni balcon habia
donde verlas, que saliese
á la Española vestida,
y de rebozo las dos
podriamos divertidas
pasar la tarde, gozando
la fiesta desde la orilla.
Yo pues, que con decir yo,
no es necesario que diga
mas, pues diciendo muger,
la consequencia es precisa,
sin prevenir los sucesos,
que resultarme podrian
de que alguien me conociese,
con Laura fui, donde habia

sobre la encrespada selva,
sobre la campaña riza,
abriles fingiendo, una
primavera fugitiva,
porque de enramados barcos,
y de toldadas barquillas,
portatil monte de rosas
era la vistosa isla.
En una galera hermosa,
que desde el tope á la quilla
era ascua de oro, á pesar
de tantos cristales, viva;
en el rio entró la Reyna,
á cuya agradable vista
hicieron salva las ondas,
siendo con dulce armonía
ruiseñores de metal
cañones, y chirimias.
El mantenedor; mas donde
voy? pues no es bien que repita
gustos, quien siente pesares,
fiestas, quien llora desdichas.
Dexemos á los gozosos
las fiestas, ellos las digan,
y no hablemos de sus glorias,
adonde hay desgracias mias.
Estabamos desde lejos
las dos; pero no fingidas
tanto, que la novedad
no despertase la envidia.
De los que mas nos siguieron
fue uno Arnaldo, con quien iba
Licio, mi primo, y mi amante,
con quien mi padre porfia
que me case á mi disgusto,
(qué imprudente tiranía!)
De Arnaldo, y Licio en efecto
seguidas, y perseguidas,
á mi pesar, no de Laura,
fuimos; porque entretenida
me dió á entender, que gustaba,
sea, ó no sea malicia,
de que Arnaldo la siguiese:
suerte injusta! pena esquiva!
Licio, que á su amigo ya
bien entretenido mira,
envidioso, ó cortesano,
(todo es una cosa misma)
quiso darme á mi conmigo
zelos, que en la Corte, Silvia,
hay muchos hombres que aman
por solo hacer compañia.
Yo que vi, que ya conmigo
la platica disponia,
por no responderle, y ser
en el habla conocida,
volví al descuido la espalda;
y viendo que me seguia,
(ó quanto yerra el temor!)
á un forastero que iba
con un criado.

Dentro dicen Arnaldo, y Celio.

Arn. Matadle.
Cel. Muera. *Flor.* Qué voces, qué grito
es esta? ..

Sale Carlos con la espada desnuda.

Carl. Si en la hermosura ..
hay piedad, y hoy no se implican
piedad, y hermosura, puesto
que siempre son enemigas,
vuestro sagrado le valga,
ó señoras, á una vida,
contra quien hoy de los hados
se han conjurado las iras.
Arn. dent. Entrad, no importa que sea
esta casa. *Flor.* No prosigas,
que á mi me toca ampararte,
cubrete desta cortina.
Carl. Páren ya desdichas, cielos,
si saben parar desdichas.

Escondese, y salen Arnaldo, Celio, y gente, y Dinero con ellos.

Flor. Qué es esto, señor Arnaldo!
Arn. Aunque la colera mia
debiera, divina Flora,
suspenderse quando os mira,
perdonadme, que esta vez
rompa el enojo, y la ira
el respeto á la hermosura,
la ley á la cortesia.
Fuera de que como vos
tambien estais ofendida
en esta parte, es forzoso
que dispenseis con vos misma.
Siguiendo vengo á un traidor,
que dexa (ó suerte enemiga!)
á vuestro primo, y mi amigo
muerto. *Flor.* Ay cielos!
Arn. De una herida:
Como forastero, en fin,
á la carcel se retira,
pues se ha entrado en vuestra casa
de

de quien guardar se debia
dos veces, siendo, como es,
de la parte, y la Justicia,
pues sois la prima del muerto,
y del Potestad sois hija,
á cuyo gobierno está
toda aquesta Monarquia.
Decid pues donde se esconde,
porque de una vez consiga
este acero dos venganzas,
una vuestra, y otra mia.
Carl. A muy buen puerto he llegado.
Flor. Fuerza es (ay de mi!) que os diga,
pues como decís yo soy
la parte mas ofendida,
la verdad: aquese hombre
entró hasta aqui. *Carl.* Há suerte impia!
qué espero? *Flor.* Huyendo.
Carl. Mal haya
quien de una muger se fia.
Flor. Pero apenas escuchó
las voces que le seguian,
quando por esa ventana,
que da á esos jardines vista,
se arrojó; seguidle pues,
y con noble bizarria
le dad muerte, que venganzas
tan generosas, son hijas
de vuestro valor. *Arn.* Al cielo
juro, si no se retira
á él mismo, de darle muerte:
tras él iré, no me siga
nadie para esta venganza,
que yo basto.
Vase, fingiendo arrojarse.
Din. Yo malilla.
Cel. Quien sois vos? *Din.* Desta baraja
soy, si él basto se apellida,
malilla yo, y voy tras él,
porque si fue la espadilla
el hombre que busca, y hoy
contra el hombre triunfa, sirva
yo de sentarle una baza;
que en la polla deste dia
todos somos matadores.
Cel. Qué locuras! *Din.* Como mias.
Cel. Pues soy su amigo, y Alcayde
del fuerte, bien este dia,
por la amistad, y el oficio,
es fuerza que á Arnaldo siga.
Vase con los demas.
Din. Criado de Carlos soy,
y asi he de andar á la mira
por ver lo que le sucede,
que á esto la lealtad obliga. *Vase.*
Flor. Fueronse? *Silv.* Sí, ya se fueron.
Flor. Pues cierra esas puertas, Silvia.
Sale Carl. Hay tal valor! ó, bien haya
quien de una muger se fia!
Flor. Ya habeis visto, caballero,
quan á costa del dolor,
de la sangre, y del amor,
daros libertad espero;
pues generosa, y constante
en vuestro favor me hallais,
siendo el que muerto dexais
mi primo, ay Dios! y mi amante;
y siendo vuestra malicia
tan ciega, que os ha obligado
á que tomeis por sagrado
la casa de la Justicia.
Mas aunque todo esto aqui
esté contra vos, está
de vuestra parte el que ya
os amparasteis de mi.
Ya lo empecé, y pues en tal
delito soy delinquente,
pues quien le hace, y le consiente
tienen pena por igual,
librarme á mi solicito
con libraros, por temer,
que debo yo de tener
gran parte en vuestro delito.
Carl. Como responderos dudo,
que como jamas traté
dichas, hablarlas no sé;
y asi, estoy con ellas mudo:
que como siempre desdichas
en mi pecho he aposentado,
nunca, señora, he estudiado
el idioma de las dichas:
yo no sé de qué manera
halladas conmigo esten,
que nadie recibe bien
los huespedes que no espera.
Dicha fuera no ofenderos,
desdicha fuera no hallaros,
dicha fuera no enojaros,
desdicha fuera no veros;
y asi, entre uno, y otro extremo,
oid la disculpa mia,
quizá la verdad podria

tener las dichas que temo.
Si de la razon movida,
templais rigores severos,
que será gran dicha veros,
y no veros ofendida.
Yo salí al rio esta tarde,
por ver si acaso podia,
entre placeres del dia,
hacer á un pesar cobarde.
Aqui estaba, pues, señora,
una gallarda tapada,
bien como suele embozada
entre nubes el aurora:
Esta, á quien el trage ufano
de que vestida venia,
encubria, y descubria,
sacando una blanca mano,
mariposa de cristal
de las luces de sus ojos,
me llamó; yo que entre enojos
dudaba ventura igual,
viendo que la deidad era
de flores blancas, y roxas,
y oyendo de aves, y hojas
la musica lisonjera,
creí, que acciones tan graves
no eran que á mi me llamaba,
sino compas que llevaba
á las flores, y á las aves.
Como forastero, en fin,
tanta ventura dudé,
bien que villano llegué
atrevido al serafin.
Apenas, pues, pronunció:
aqui me importa que esteis,
y que llegar estorbeis
aquel hombre; quando yo
ví, que uno que la seguia,
y antes me apareció acaso,
apresuró mas el paso
á estorbar la suerte mia.
Llegó diciendo: El lugar,
señor, que habeis ocupado,
esa dama me ha negado;
y pues no puedo vengar
el desayre en ella, en vos,
instrumento suyo, sí:
no sé que le respondí,
y ya empeñados los dos,
saqué la espada impaciente,
ó colerico, ó furioso,
quando él valiente, y zeloso,
que es ser dos veces valiente,
sacó la suya: los cielos
saben que mi brazo fuerte
hizo poco en darle muerte,
habiendole dado zelos.
Llegó la Justicia pues;
y viendo que á la Justicia
quien no temerla codicia,
ni noble, ni cuerdo es,
volví la espalda, y huyendo,
en vuestra casa me entré,
porque la primera fue
que sale al campo: aqui entiendo
el gran peligro en que estoy,
si vos, deidad soberana,
tan divinamente humana
no me dais la vida hoy.
Considerando la accion,
en que apenas fui culpado,
pues no fue caso pensado,
con ventaja, ó con traicion.
Una muger me empeñó,
á quien quise obedecer;
y asi, pues que sois muger,
obligacion os corrió
de ampararme; de manera,
que por muger, y ofendida,
teneis accion á mi vida;
pues si bien se considera,
bien la muerte mereció
quien, siendo primo, y amante
vuestro, altivo, y arrogante
por otra dama riñó.
Y asi una vez enojada
estad, y otra agradecida,
pues si sois prima ofendida,
tambien sois dama vengada.
Flor. Hoy vuestra disculpa halló
credito en mi, de tal modo,
que me parece que á todo
estuve presente yo.
Y asi, pues una muger
tanto os empeñó primero,
otra, infeliz caballero,
vuestra defensa ha de ser.
Lo que ella erró, emiendo yo,
y quejaos desde aqui
de la que os empeñó sí,
de la que os ampara no.
A ese camarin entrad,

y hasta que la noche fria
sea homicida del dia,
escondido en él estad,
que en habiendo anochecido,
seguro salir podeis.
Carl. Dexadme. *Flor.* No, no teneis
que decirme agradecido
nada, que es muy baxo indicio,
pues quien llega á agradecer,
paga, y yo no he de vender,
sino dar el beneficio.
Silv. Gente he sentido. *Fl.* Entrad presto
en esa quadra, no os vea.
Carl. Ella mi sagrado sea.
Entra Carlos, cierra Silvia, y dentro dice Don Cesar.
Ces. Todo quede asi dispuesto.
Silv. Echo á la puerta mil llaves.
Sale Don Cesar.
Ces. Flora? *Flor.* Señor? *Ces.* Ya el desvelo
me ha dicho en el desconsuelo,
que nuestras desdichas sabes.
Flor. Ya sé, señor, que un traidor,
por una facil muger;
por qué quien pudiera ser
dueño de tanto rigor?
mató á Licio, aqui se entró.
Ces. No tengas pena que pueda
escaparse, que ya queda
todo esto sitiado, y no
me ha de quedar, vive el cielo,
casa, iglesia, ni vergel,
que no examine cruel
mi cuidado, y mi desvelo;
retirate tu de aqui,
que siento ruido. *Flor.* Yo voy
á servirte (muerta estoy!)
defiendame Dios de mi.
Vanse Flora, y Silvia, y salen Criados, que traen preso á Dinero.
Ces. Este es, señor, un criado
del homicida, que ha sido
de nosotros conocido,
y él mismo lo ha confesado.
Din. Asi es la pura verdad;
pero qué delito es
ser criado suyo? pues
yo diré toda verdad,
que viendole aquesta tarde
sacar el acero alli,
otra vereda cogí.
Ces. Por qué? *Din.* Porque soy cobarde.
Jul. Mira que el Potestad es
con quien hablas. *Din.* Norabuena,
que á mi nada me da pena,
si he de decir verdad, pues
diciendo yo la verdad,
ser qué importa en conclusion
el Trono, ó Dominacion,
quanto mas el Potestad?
Ces. Cómo te llamas? *Din.* Dinero,
por vivirme yo conmigo,
pues nadie vivió consigo.
Ces. Quien es aquel caballero
amo tuyo? *Din.* El es, señor,
una muy linda persona.
Ces. Llamase? *Din.* Carlos Colona,
hijo del Gobernador
de Brandembourg. *Ces.* Ay de mi!
que es mi mayor enemigo
hijo del mayor amigo;
pues á qué ha venido aqui?
Din. A solo matar sobrinos
de Potestades. *Ces.* No trato
de burlas. *Din.* Soy mentecato,
diré dos mil desatinos:
á ver las fiestas, señor,
que hace Alemania este dia
á la divina Maria.
Ces. Llevad á este preso. *Din.* Por qué?
Ces. Porque en la carcel esteis,
hasta que la confesion
se os tome, y declaracion.
Din. Qué mas claro me quereis?
ya ser Dinero no espero,
que en carcel, nadie se asombre,
me gastarán hasta el nombre,
por dexarme sin dinero.
Llevanle, y vanse.
Ces. Quien vió mayor confusion
jamas, cielos, que la mia!
Bien decia el que decia
que hidras las desdichas son,
pues apenas muere una,
quando otra á su sangre nace;
que esta para aquella hace
de su sepulcro la cuna.
Quando como Juez, y parte
te busco, fiero homicida
de mi honor, y de mi vida,
quisiera (ay de mi!) no hallarte,
porque si osado me atrevo

á vengarme, mas me aflijo,
porque eres de un hombre hijo,
á quien vida, y honor debo.
Y es verdad, honor, y vida
de su padre recibí,
quando: mas no es para aqui,
baste ver que no se olvida.
Asi aqui vida, y honor,
obligados, y ofendidos,
hacen guerra á mis sentidos
con piedad, y con rigor.
Forzoso el buscarte es,
y forzoso elampararte,
y asi he de ser en buscarte
un hombre zeloso, pues
entre contrarios venenos,
no vió descanso jamas,
y aquello que busca mas,
es lo que quiere hallar menos. *Vase.*

Salen Arnaldo, Laura, y Nise.

Laur. Y en fin, qué ha sucedido?
Arn. Que tras él me arrojé; pero al ruido
llegó infinita gente,
y entre todos Don Cesar diligente;
yo que ví que ya era
mi venganza imposible, aunq̃ quisiera
entre todos mostrarme,
pues habian de prenderle, y no dexarme,
no quise que pensase quien estaba
alli, que con justicia le buscaba
cobarde mi desvelo;
y asi me retiré, rogando al cielo,
que Cesar no le halle,
y me quite la dicha de matalle,
porque con menos no estaré vengado,
de quien mi amigo me mató á mi lado.
Laur. Nunca yo te escribiera,
que disfrazada iba á la ribera;
mas quien jamas previno
las ignoradas sendas del destino?
Arn. Aquella necia amiga
tuya la causa fue. *Laur.* No sé si diga,
que lo fue mas su estrella,
pues que ya quien le llora mas es ella.
Arn. Lo que obligarla pudo
asi á llamar á un forastero dudo,
ciega, é inadvertida.
Laur. El no ser de su primo conocida.
Arn. Luego aquella era Flora?
Laur. Descuido del afecto fue. *Arn.* Y yo ahora
entro en nuevo cuidado;
si riñendo á los dos habia dexado,
cómo viendole luego
tan turbado, y tan ciego,
el riesgo no previno
de su primo, y dió voces? *Laur.* Desatino
es en pena tan fiera
querer que una muger en sí estuviera.
Arn. Malicias son de un alterado pecho;
mas por Dios, q̃ no sé lo que sospecho.
Nis. Fabio tu hermano viene.
Laur. Que me vea contigo no conviene,
que ya está malicioso en esta parte:
tu aqui con él procura disculparte.

Vanse las dos, y sale Fabio.

Fab. Señor Arnaldo? *Arn.* Señor
Fabio? *Fab.* Aqui? pues qué mandais?
Arn. Que una gran merced me hagais.
Fab. Decid pequeño favor.
Arn. Ya sabeis de mi dolor
el fin. *Fab.* El se dexa ver.
Arn. Un caballo he menester.
Fab. Los cielos me den paciencia.
Arn. Para cierta diligencia,
que ahora me importa hacer,
que me ha hallado en vuestra calle
una nueva, y alcanzar
me importa un hombre. *Fab.* Mandar
podeis, sin que en mi se halle
dificultad. Sufra, y calle ap.
hasta otro tiempo el deseo
mi venganza: yo me apeo
ahora de un alazan,
que me espera en el zaguan,
subid en él, que bien creo
que es para alcanzar, y huir;
y ved, si quereis que yo
en otro os siga. *Arn.* Eso no,
porque yo solo he de ir.
Fab. En todo os he de servir.
Arn. Y yo pagaroslo espero,
quedad con Dios. *Fab.* Oid primero,
aunque tan de priesa estais,
Arnaldo, que de aqui os vais.
Arn. Decid. *Fab.* Advertiros quiero
que mi hermana tiene aqui
su quarto, y el mio es aquél;
y asi, que llameis en él
quando me busqueis á mi:
digooslo, Arnaldo, por si vol-

volveis otro dia á buscallo,
pues por necio lance hallo,
y treta falsa se llama
á la casa de la dama
ir á ganar el caballo.
Arn. Yo pregunté aqui por vos,
porque estaba gente aqui.
Fab. Claro está que seria asi;
id con Dios. *Arn.* Quedad con Dios. *Vas.*
Fab. Qué mal sabemos los dos
disimular, ni fingir!
Qué mal hice en descubrir
mi rezelo, ó mi temor,
porque zelos del honor
ni se han de dar, ni pedir;
pero quien con zelos, cielos,
á quien esto dixo viera!
por ver si él mismo pudiera
no dar, ni pedir sus zelos;
que tan continuos rezelos,
agravios tan repetidos,
veneno de los sentidos,
que penetra al corazon,
para qué son, si no son
para dados, ni pedidos?
Sale Laur. Con quien hablabas aqui?
Fab. Con nadie: honor, qué previenes!
Laur. Asi respondes? qué tienes?
Fab. Tengo un pesar. *Laur.* Ay de mi!
Fab. De lo que hoy ha sucedido,
aunque no es de aquello, no.
Laur. Qué fue? *Fab.* No lo sabes? *Laur.* Yo
de quien? si tu no has venido,
que es de quien puedo saber
yo lo que en la Corte pasa,
pues siempre cerrada en casa,
ni aun el sol me llega á ver.
Fab. Pues (no sé como lo diga)
sabrás que mató arrogante
un hombre á Licio, el amante
de Flora, tu grande amiga,
sobre hablar enamorado
una tapada este dia.
Laur. Si no fuera tirania,
te dixera, que me he holgado,
porque si á Flora adoraba,
con quien se habia de casar,
qué tenia, pues, que hablar
con la que tapada estaba?
Aquesto es lo que nos pasa
á las mugeres, pues quando
ella se estaria llorando
sola, y cerrada en su casa,
andaba él de esa manera
tras mugercillas tapadas,
siempre á riesgo las espadas:
Ay hombres, quien os creyera!
Fab. Si zelos á Flora dió,
bien ha pagado sus zelos;
y pues tu sin desconsuelos
hablas, mejor podré yo,
á quien tu amor asegura
de una desgracia una dicha,
porque á veces la desdicha
es madre de la ventura;
que por eso dixo un sabio:
quien desea bienes? quien?
sabiendo que el propio bien
nace del ageno agravio?
Hoy, pues. *Laur.* No me digas mas,
de agena ventura alcanza
nueva vida tu esperanza.
Fab. Al fin del discurso estás;
pues si Cesar empeñado
estaba con su sobrino,
antes fuera desatino
el haberme declarado,
y ya no. *Laur.* Y harás muy mal
en no arder en tanta llama,
que su vida ama el que ama
una muger principal;
que á fe que no sucediera
lo que todo el lugar llora
jamas á Licio por Flora.
Fab. Claro está que no pudiera:
Dame un recado, que quiero
de tu parte visitar
hoy á Flora. *Laur.* Su pesar
es de tus dichas tercero,
sea el pesame el recado.
Fab. Que es bastante ocasion creo:
á Dios. *Laur.* O quanto deseo
verte muy enamorado!
Fab. Pues tan mal me qüieres?
Laur. Quien
tu paz busca, no hace tal,
que esto no es quererte mal,
sino quererme á mi bien. *Vanse.*
Salen Flora, y Silvia.
Silv. Ya me parece que es hora,
señora, si te parece,
antes que se enciendan luces,

de

de que se vaya este huesped.
Flor. Es verdad, abre esa puerta.
Sale Carl. Decid el sepulcro breve
de un vivo cadaver, pues
entre la vida, y la muerte,
muere, pensando que vive,
vive, pensando que muere.
Flor. Ya que el ave de la noche
sus alas nocturnas tiende,
haciendo sombra á los dias
en los campos de occidente,
podeis iros, caballero,
la obscuridad os aliente,
que aun apenas una estrella
á tantas nubes se atreve,
quando en la hoguera del dia
pavesas del sol se encienden:
id con Dios. *Carl.* El cielo os guarde,
deidad hermosa, á quien debe
la vida un hombre infelice,
lastimado indignamente
de que no sea un dichoso,
pues por esto no la ofrece;
que vida de un desdichado
de nada serviros puede.
Silv. Venid tras mi. *Carl.* Ciego os sigo.
Al entrarse, habla dentro Don Cesar, y turbanse.
Ces. A estas horas no se encienden
luces en toda la casa?
Flor. Ay de mi! mi padre es este.
Silv. Mi señor vuelve, señora.
Carl. Qué haré? *Flor.* A retirarte vuelve:
cierra tu, y quita la llave.
Carl. Hay piedades mas crueles!
Entrase Carlos, y cierra la puerta Silvia, y sale D. Cesar, y un Criado con luces.
Flor. Ya estan las luces aqui.
Ces. Aqui estabas, Flora? *Flor.* A verte
salí, como oí tu voz,
que cuidadosa me tienes
de verte tan cuidadoso.
Ces. Es hoy mi oficio dos veces;
y asi dos veces me importa
que hoy á este homicida encuentre,
para ofenderle la una,
la otra para defenderle;
y aunque le dexo sitiado
donde quiera que estuviere,
pues estan aquestas calles
todas tomadas de gente,
he de escribir á los puertos,
que á ninguno pasar dexen:
Silvia? *Silv.* Señor? *Ces.* Traeme luces,
escribania, y papeles
á este aposento. *Flor.* Qué escucho!
Ces. Que aqui escribir me conviene.
Flor. Por qué aqui, señor? *Ces.* Porque
los que á visitarme vienen,
mientras estoy escribiendo,
en esotro quarto esperen:
qué es de la llave de aqui?
Flor. Esa criada la tiene.
Silv. Yo no la tengo. *Ces.* Pues donde
está? *Silv.* Sobre ese bufete
la puse. *Ces.* Pues no está en él.
Hace seña, que no se la dé.
Flor. Notables descuidos tienes!
no se la des: todo quanto
tomas en la mano pierdes.
No te enojes, Silvia mia,
que te riña. *Ces.* No parece?
Silv. No, señor. *Ces.* La llave maestra
ha de estar, Dios me lo acuerde,
en mi escritorio: yo voy
por ella. *Toma una luz, y vase.*
Flor. Hay lance mas fuerte!
Silv. Qué hemos de hacer? *Fl.* Si es preciso
que vuelva, y que aqui le encuentre,
con la diligencia hagamos
lo preciso contingente.
Silv. Dices bien, dexemos algo
á la fortuna.
Abre, y al salir Carlos, sale Fabio por la otra puerta, y vuelven á cerrarle.
Flor. Bien puede
salir, que yo estoy mirando
si mi padre: mas detente,
que se ha entrado un hombre aqui;
valedme, cielos, valedme,
que un inconveniente es
sombra de otro inconveniente.
Sale Fabio.
Fab. Permitid que venga á daros
un pesame en mal tan fuerte,
quien quisiera venir antes
á daros mil parabienes.
Laura, mi hermana, os le envia
conmigo, por parecerle,
que le dará como suyo,
quien como vuestro le siente.
Flor. Guardeos Dios: qué es esto, cielos!

si sale delante deste
hombre, aventuro mi honor: *ap.*
y si no sale, no tiene
remedio el verle mi padre;
pero el ingenio remedie
las desdichas, si desdichas
con el ingenio se vencen.
Señor Don Fabio (estoy muerta!)
discreto sois, y prudente;
bien sabeis de las desgracias,
que qualquiera que sucede,
hace el aposento á otra,
que á la imitacion del Fenix,
siempre de cenizas suyas
está el sepulcro caliente.
Un hombre: mortal estoy!
un hombre buscando viene
á mi padre con un pliego,
que, segun dice, contiene,
que un hermano suyo: ay triste!
en estas lides, valiente
murió en servicio del Cesar;
ved, por Dios, si es pesar este
para contrapeso de otro.
Quisiera, ó penas crueles!
que no hallára aqui á mi padre,
que dice que luego vuelve;
y asi me importa, señor,
que por un instante breve,
mientras yo tomo las cartas,
le saqueis de casa: hacedme
esta merced, y ella sea
la respuesta, porque él viene.

Sale Don Cesar.

Ces. Que en la ultima gaveta
hubo de estar. *Fab.* Sí haré: déme
ingenio amor. Aunque vengo,
como tan vuestro, á ofrecerme
á vuestro servicio, hay otra
causa hoy, que hacerlo me mueve.
Yo sé, señor, donde está
cerrado el tirano aleve,
que buscais. *Flor.* Qué es lo q̃ escucho!
Ces. Donde, Fabio? *Fab.* En un retrete
cerca de aqui. *Flor.* Muerta estoy!
Silv. El le vió. *Flor.* Desdicha fuerte!
Ces. Qué decis, Fabio?
Fab. Que aunque esta
no es accion de un noble, puede
tanto un afecto, que hoy
permite que le atropelle:
venid conmigo. *Silv.* Eso sí.
Flor. De un hilo estuve pendiente.
Ces. Ya me espantaba que tanto
tiempo ocultarse pudiese;
vamos, y porque el rumor
no los avise, y le ausenten,
vamos pocos, los demas
en esta puerta se queden. *Vase.*
Fab. Llevaréle á la primera *ap.*
casa que me pareciere,
que quando no le halle en ella,
no es muy grande inconveniente;
pues con decir que se fue,
todas las dudas se absuelven. *Vase.*
Flor. Esto está mejor que estaba:
sal tu, avisa quando puede
salir. *Silv.* Abre tu entretanto. *Vase.*

Abre Flora, y sale Don Carlos.

Flor. Hombre, que no sé quien eres,
y á fuerza de mis desdichas,
y á pesar de mis desdenes,
tantas finezas me cuestas,
tantos cuidados me debes,
qué dexas que haga por ti
el dia (ó, tirana suerte!)
que me obligues, si esto hago
por ti el dia que me ofendes?
si quando me agravias mas,
mas de tu parte me tienes,
qué merece una lisonja,
si esto un agravio merece?
Véte, dexame por Dios
entre mis penas crueles,
que basta que tu las causes,
sin que tambien las aumentes.
Mientras mi padre te busca
en otra parte, bien puedes
ponerte en salvo. *Carl.* Ahí verás
quanto es mi estrella inclemente,
pues para que aqui me libre,
van á otra parte á prenderme,
dexandome á mi por mi,
que mis desdichas no tienen
otras que espaldas les hagan,
sino ellas mismas; de suerte,
que es fuerza que á mi me busquen,
aun para que á mi me dexen.
Flor. Pues librate á ti contigo,
y véte presto. *Sale Silvia.*
Silv. Detente,
no salgas. *Flor.* Qué hay, Silvia? *Sil.* Hay

al

al paso infinita gente,
que está esperando á tu padre.
Flor. No podrá salir sin verle?
Silv. No, ni estar aqui tampoco,
que será posible que entre.
Flor. Ello está de Dios que este hombre
en mi aposento se quede,
y aun en él no está seguro,
si á escribir mi padre vuelve.
Carl. Si irme, esconderme, ó estarme
todo es un inconveniente,
mejor es que la fortuna
por el mas delgado quiebre:
yo saldré. *Flor.* Eso no, tampoco,
que no me está bien que llegue
á saberse que aqui estabas.
Silv. Yo daré un medio, de suerte,
que yendo, estando, y quedando,
ni esté, ni vaya, ni quede;
vénte conmigo. *Flor.* Qué intentas?
Silv. Por la puerta que con este
quarto dice á aquella torre,
que de caballeros suele
ser prision, pasarle á ella,
y en ella oculto tenerle,
pues no se habita esta noche.
Flor. No ves que otra puerta tiene
para el quarto del Alcayde,
y él llave della? *Silv.* Qué quieres
que por fuerza sea esta noche
la que entre allá? *Flor.* Quien no tiene
bien que escoger, será fuerza
que con el mal se contente.
Silv. Sigueme. *Carl.* Ya el ser cobarde
en esta parte me debes.
Flor. Y tu á mi el ser atrevida.
Carl. Mas hago yo, que mas veces
se vió valiente un cobarde,
que no cobarde un valiente.
Flor. Qué presto te desobligas
de mi piedad. *Carl.* No la tienes,
porque no es piedad curar
un mal con otro mas fuerte;
y esta piedad rigurosa
es la que á mi me sucede,
pues por librarme la vida,
el alma, Flora, me prendes.
Flor. Esta es piedad del valor,
no del afecto la pienses;
porque en saliendo de aqui,
donde el riesgo que tuvieres
no corra por cuenta mia,
la primera que ha de hacerte
matar, seré yo. *Carl.* Esa sí
que piedad es. *Flor.* De qué suerte?
Carl. Porque mandarás matarme,
por hacer feliz mi muerte.

JORNADA SEGUNDA.

Sale Silvia sola.

Silv. Notables cosas mi ama
discurre, imagina, y piensa
hoy, por no dar por vencida
su vanidad, y soberbia;
pero quien me mete á mi
en si lo acierta, ó no acierta,
pues que no me toca mas,
que oirla, y obedecerla?
Esta es la puerta que guarda,
hasta que la noche venga,
á Don Carlos: vaya, pues,
de invencion, y de novela.

Llama á la puerta.

Yo soy, bien puedes abrir.

Abre Don Carlos la puerta, y sale.

Carl. Silvia, bien venida seas.
Silv. Cómo va de soledad?
Carl. No es posible que la tenga
un triste, pues no está solo,
quien está con su tristeza.
Silv. Si yo dixese que habia,
señor, quien hacerte quiera
en aquesta soledad
compañia, qué dixeras?
Carl. Quien? *Silv.* Escuchame: Una dama
tapada llegó á la puerta
ahora, y preguntó por ti:
salí yo á saber quien era,
y no lo supe, porque
estuvo siempre cubierta:
Dixome, que ella sabia,
Carlos, por cosa muy cierta,
como estabas encerrado
aqui, porque siempre atenta
estuvo á que no saliste
por ventana, ni por puerta.
Añadió á esto, decir
con mil suspiros, y muestras
de dolor, que le importaba.
Carl. Notables cosas me cuentas.
Silv. La vida, y el alma verte.

Yo

Yo con maña, y con cautela,
fingiendo que me llamaba
mi ama, dexé la respuesta
pendiente, y vengo á saber
qual quieres, señor, que sea,
mira qual te está mejor,
decirlo, ó negarlo. *Carl.* Dexa
que me admire de pensar
una confusion tan nueva,
que no sé quien pueda ser,
pues no conozco en Viena
muger alguna, á quien yo
este cuidado merezca:
Y puesto que no es posible
de ningun modo, que pueda
atormentar el suceso
mas, que la duda atormenta,
dile, que es verdad que aqui
estoy, y que á verme venga.
Silv No hay mas de que venga á verte?
no miras, no consideras,
que si mi señora sabe
que alguna persona entra
aqui, quanto mas muger?
Carl. Luego lo ha de ver por fuerza?
y pues en baxando obscura
la noche, he de irme, no quieras
que lleve esta duda mas.
Silv. De tal modo me lo ruegas;
ahora bien, que aventurarme
quiero por ti: aqui me espera. *Vase.*
Carl. Muger á buscarme á mi?
Valgate Dios por Viena,
y quales son tus mugeres!
Apenas me he visto, apenas
en tu insigne Corte, quando
una me llama, y me arriesga,
otra me ampara, y me libra,
otra me busca, y me alienta,
y todas tres me ocasionan
á que mil delirios tenga.
Salen Silvia, y Flora tapada con manto.
Silv. Este, señora, es el quarto,
no ha sido dicha pequeña
llegar aqui, sin que Flora
lo imagine, ni lo sienta,
que es cierto que me matára:
yo voy á estarme á la puerta;
á Dios. *Carl.* Embozado sol,
que en la obscura noche negra
de ese manto desmentis
de tantos rayos la fuerza:
si á iluminar este espacio,
flechado desde otra esfera,
venis, porque tanta noche
peregrina aurora tenga;
no me recateis la luz,
ved que es hora que amanezca;
y no es bien que á tantos rayos
tan sutiles sombras venzan.
Flor. Caballero forastero,
la primer cosa que os ruega
mi voz, pues siendo muger
es forzoso obedecerla;
y mas sabiendo que sois
tan cortesano con ellas;
es, que no habeis de pedirme
que me descubra: con esta
condicion, os diré ahora
lo que á buscaros me fuerza.
Carl. Es tan grave condicion,
que no me atrevo á ofrecerla,
por no atreverme á cumplirla;
por qué quien tendrá paciencia
para no saber quien sois?
Flor. Quien lo que le importa advierta,
pues si vos me veis aqui,
no me queda á mi licencia
para hablaros; luego á vos
os importa. *Carl.* De manera,
que de veros, se me sigue
no oiros? y por la mesma
razon, de oiros, no veros?
enigma sois, pero venza
un sentido á otro sentido;
pues hoy el precepto ordena
que vea, porque no escuche,
ó escuche, porque no vea.
Flor. Yo soy aquella tapada,
que fue la ocasion primera
de vuestro disgusto, bien
os lo habrán dicho las señas:
No pensé, quando os llamé,
que de tanto empeño fuera
ocasion; pero en nosotras
siempre esta disculpa es necia.
Asi como las espadas
sacasteis, turbada, y ciega
me ausenté; mas de un criado,
que os siguió, la diligencia
supo, que nunca salisteis
de aqui: con esta sospecha

á buscaros he venido,
fiada en que de qualquiera
secreto habia de ser
el oro la llave maestra.
Y asi, falseando las guardas,
rompí á esta torre las puertas;
á ella vengo á disculparme
con vos de mi inadvertencia,
y á daros, señor, las gracias
de la resolucion vuestra.
Ya sé que sois forastero,
y que volveros es fuerza
brevemente; y por si acaso
hoy la Justicia no os dexa
con que podais, esta joya
vuestra mejor posta sea,
que las espuelas del oro
son las mejores espuelas.
No quiero, no, que volvais
publicando á vuestra tierra,
que son desagradecidas
las mugeres de Viena;
pues por lo menos direis,
quando mas os quejeis dellas,
que si una os empeñó, supo
desempeñaros la mesma;
y de mas á mas, hubo otra,
que os ampare, y os defienda;
de modo, que traxo un daño
doblada la recompensa:
con esto, á Dios. *Carl.* Quando ví,
que recatada, y cubierta
me hablabades, esperé
oir agravios, y quejas,
no mercedes, y favores:
y aqui deciros pudiera
lo que á mi me dixo Flora,
aunque al reves, pues si ella
dixo: Si quando me ofendes,
tantos cuidados me cuestas,
qué dexas que haga por ti,
quando me obligues? La opuesta
razon milita, pues yo
te digo á ti, que, qué dexas,
si te encubres, quando obligas,
que hacer para quando ofendas?
En efecto, hermosa dama,
que en fe creo tu belleza,
pues ya es hermosa, quien es
agradecida, y discreta.
No he menester desengaños
del valor, ni la nobleza,
ni esa joya, que estimára
mas, que por rica, por vuestra.
Solo lo que he menester
es conoceros; si esta
merced de vuestro recato
no trae, señora, licencia,
tambien, tambien la perdono,
y aun la atribuyo á clemencia;
pues si apenas hoy la noche
desplegado habrá la negra
sombra, quando yo de aqui
salga, es piedad que en mi ausencia
tenga menos que sentir,
quien menos que perder tenga.
Flor. Esta noche habeis de iros?
Carl. Sí. *Flor.* Por qué con tanta priesa?
Carl. Porque para este hospedage
es una vida pequeña
satisfaccion, y he de irme,
por no hacer mayor la deuda.
Flor. No os ampara Flora? *Carl.* Flora
es de mi vida defensa.
Fl. Pues qué temeis? *Carl.* Que por darme
vida á mi, su opinion pierda;
y importa menos mi vida.
Dentro Silvia, y Dinero.
Silv. Ya he dicho que se detenga.
Din. Ya he dicho yo, que me escuche,
y tampoco lo hace ella.
Flor. Voces oigo, caballero,
ahí aquesa joya os queda;
á Dios, á Dios, no entre alguno
que en aquesta parte os vea,
que á mi no importará tanto.
Carl. Id con Dios, enigma bella
de mis sentidos: amor,
qué confusiones son estas?
Vase Carlos, y cierra la puerta, y sale Silvia.
Flor. Qué era eso, Silvia?
Silv. Un criado
de Carlos, que ahora sueltan
de la carcel, segun dice,
quiere, señora, por fuerza
entrar hasta aqui, y lo cumple.
Flor. Pues no quiero que me vea,
porque quando allá los dos
se den destas cosas cuenta,
no pueda decir, que á mi
me vió en mi casa encubierta.

Sale Dinero.

Din. Señoras, las mis señoras,
estadme por Dios atentas,
que hasta oir á un hombre, es cosa
que se hace con una bestia.
Quien hubiere visto á un amo
de cara abultada, y fresca,
que nunca pagó racion,
que son sus mejores señas,
perdido de ayer acá,
á restituirle venga,
le darán su buen hallazgo,
ó á quien le encubra, y le tenga,
se le pedirán por hurto.
Flor. Quien vió locuras mas necias?
Silv. Qué quereis? *Din.* Yo soy criado
de un hombre, que puso á penas
los pies en Viena, quando
las manos puso en Viena
en un caballero: al caso,
que esta es relacion superflua.
Dicen, que cierta ventana
aqui le sirvió de puerta;
y quisiera, si es posible,
ver la ventana, ó tronera
por donde salió este truco,
y arrojandome por ella,
dexarme rodar, por ver
si doy con él, experiencia
que se hace con las bolas,
quando se pierde una dellas.
Flor. Despide, Silvia, ese loco,
que descubrirme quisiera,
y no me atrevo. *Silv.* Ya he dicho,
gentil hombre, que se vuelva,
que de ese hombre no sabemos;
no haga que de otra manera
se lo haga decir á palos.
Din. Pesárame de oir su lengua,
y asi me voy. *Ruido dentro.*
Silv. Gente viene.
Din. Y vive Dios, que es Don Cesar;
qué le he de decir? *Flor.* Mi padre?
qué haré, porque no me vea
con manto? *Silv.* Hacer lo que hizo
una dama en la Comedia.
Flor. Qué fué?
Silv. Echarsele en la manga.
Flor. No puedo, porque ya llega.
Din. Temblando de miedo estoy.
Silv. Yo estoy turbada. *Flor.* Yo muerta.

Sale Don Cesar.

Ces. Flora, qué es esto? á estas horas
donde vas? *Flor.* Yo no voy fuera.
Ces. Pues de donde vienes? *Flor.* Yo,
de ninguna parte. *Din.* Ella
es Flora, y tapada en casa;
pues qué tramoyas son estas?
si ello va á decir verdad,
toda es gente honrada, y buena,
mas mi amo no parece,
quiera Dios que por bien sea.
Ces. Pues qué haces aqui con manto,
si ni vas, ni vienes fuera?
Flor. Traxomele ahora acabado
ese Sastre, y porque viera
Silvia si estaba bien hecho,
me le probé. *Silv.* Es cosa cierta,
para en casa se le puso,
que ni va, ni viene fuera.
Din. Disculpa es comun de tres, *ap.*
quiero aprovecharme della;
y como que está excelente,
miren qué capilla es esta,
y qué ruedo: vive Dios,
que viene por excelencia.
Flor. Bueno está; doblale, Silvia,
y guardale, hasta que sea
tiempo de quitarme el luto.
Din. Muchos rompa tu belleza.
Ces. Venid acá, vos no sois
aquel que dixo, que era criado
de Don Carlos de Colona?
Din. Concedo la consequencia.
Flor. No previne, que mi padre
á este hombre conociera.
Din. Pero antes que le sirviese,
fui oficial de la tixera
de Sastre; mas de pecado
(todo es una cosa mesma)
me sacó, porque me vió
convertir una Quaresma:
Viendome hoy que me soltaste,
niño, y solo en patria agena,
con el maestro entré, de quien
fui aprendiz allá en mi tierra.
Mandóme traer ese manto,
porque allá no se estuviera,
puesto que estaba acabado,
lleno de polvo en la percha.
Esta es la verdad en Dios,
mas no en Dios, y mi conciencia,

por-

porque no la tiene un Sastre;
y para que tu lo veas
si la tiene, ó no la tiene,
él vendrá á ajustar las cuentas. *Vase.*
Ces. Notable humor! vos haced,
que en mi quarto luz enciendan,
y sea presto, porque tengo
de volver á salir fuera.
Flor. A estas horas?
Ces. Sí, á estas horas
Flor. No ves que ya el sol se ausenta?
Ces. Qué importa eso, si es preciso
hacer una diligencia? *Vase.*
Flor. Ya alentar el alma puede.
Silv. Señora, pues que tambien
el mal se convierte en bien,
cosa que nunca sucede,
dexame aqui discurrir
en estas cosas, por Dios,
y digamos hoy las dos
lo que otros han de decir:
Qué quieres ser disfrazada
dentro de tu casa, y ser
aventurera muger,
hablando á este hombre tapada?
Flor. Pareceme que estará
toda su ropa perdida,
y querer agradecida
socorrerle. *Silv.* Bien está;
pero para remediar
sus daños, para qué ha sido
disfraz de manto, y vestido?
pues bien le pudieras dar
la joya, y fuera mas justo,
si con esto te mostrabas
liberal, á él le pagabas,
y á mi me ahorrabas el susto.
Flor. Y qué dixera de mi
despues, si ahora me viera
tan liberal? qué dixera,
sino que yo agradecí
dar á mi primo la muerte,
pues asesino mi amor
le pagaba su rigor?
luego fue bien desta suerte
ser generosa, sin ser
conocida, pues asi
conmigo, y con él cumplí.
Silv. Y en fin, qué habemos de hacer
deste hombre? *Flor.* No es justo, no,
que duda en aqueso haya,
abrir, Silvia, y que se vaya,
aunque quede muerta yo.
Volvió á salir tu señor?
Silv. Sí. *Flor.* Pues sé tu misma jue
que vence honor una vez
en las batallas de amor.
No, pues la vanidad mia
crea faciles engaños,
que si amor de muchos años
sabe olvidar en un dia,
amor de un dia, mejor
en muchos años sabrá
olvidarse, claro está.
Silv. Yo llamo pues. *Flor.* Ay amo
no aqui me despeñes, no
postres mi respeto aqui,
que si tapada otra fui,
ya descubierta soy yo.
Sale Don Carlos.
Señor Don Carlos, ya es hora,
que de aquesta casa os vais;
si es que obligado estais
de mis servicios. *Carl.* Señora,
de vuestras piedades soy
un esclavo, y lo he de ser.
Flor. Una cosa habeis de hacer
por mi. *Carl.* Esa palabra os doy.
Flor. Que nunca á nadie digais
que en mi casa habeis estado
escondido, y retirado.
Carl. Poco en eso me mandais,
que es piedad tan singular,
como en vos llego á advertir,
imposible de decir,
é imposible de callar:
luego en lo que me mandais
no os sirvo, pues no pudiera
decirlo yo, aunque quisiera,
del modo que vos obrais:
luego por mi cuenta hallo,
que tiene vuestra piedad
la misma dificultad
en decillo, que en callallo;
y asi, resuelto en hablar,
y callar, sabré sentir,
por ser bien tan singular
imposible de decir,
é imposible de callar.
Y en fe deste sacrificio,
que tan á mi costa ofrezco,
si de piedad os merezco

otro genero de indicio,
os suplico perdoneis
este atrevimiento necio,
y á esta humilde joya, precio
inmortal, señora, deis,
con hacerla vuestra: enojos
no alteren vuestros sentidos,
que es bien rindan los oidos
sus trofeos á los ojos.
Esto es enigma, pensar
no teneis, ni discurrir,
que hoy es recibir, ni dar,
imposible de decir,
é imposible de callar.
Flor. Señor Don Carlos, yo estimo
la joya que me ofreceis;
mas no quiero que penseis
(mal mis afectos reprimo!)
que con esto (ciega lucho
conmigo!) ya en la posada
no quedais á deber nada,
que quedais á deber mucho:
pues si bien considerais
estos extremos que haceis,
sin saber como, ofendeis
con lo mismo que obligais;
pues á mi me ofende quien
presume pagarme asi,
y me ofende á mi por mi:
esto es enigma tambien.
Idos con Dios, que es muy tarde,
y no me pagueis con nada.
Carl. Pues dadsela á una criada,
y á Dios, señora, que os guarde;
pero quien se podrá ir
con tal duda? sepa, pues,
algo de ese enigma. *Flor.* Es
imposible de decir.
Carl. Pues para qué fue empezar,
dexando de esa manera
sin luz, ni sentido? *Flor.* Era
imposible de callar.
Sivl. Si tan adelante pasa
la platica, quando está
para irse, quanto va
que vuelve á quedarse en casa?
Vamos. *Carl.* Qué sirve mirar?
Sivl. Véte tu. *Flor.* Qué sirve oir?
Carl. Si es mi mal. *Flor.* Si es mi pesar.
Carl. Imposible de decir.
Flor. E imposible de callar. *Vanse.*

Salen Arnaldo, y Nise.

Nis. En esta oculta parte
del jardin escondido has de quedarte,
entretanto que Fabio
se recoge.
Arn. Ni el pie, Nise, ni el labio
darán de mi señales;
viva estatua seré de sus cristales.
Nis. En estando acostado,
baxará Laura aqui. *Vase.*
Arn. De mi cuidado
el suyo es digno empleo;
quan á costa el amor vende un deseo!
O noche, sombra fuerte
del temor, del espanto, y de la muerte!
O noche obscura, manto
del horror, del asombro, y del espanto!
si emperatriz del sueño,
de cipres coronada, y de beleño
tienes la adusta frente
en el lobrego imperio de occidente;
triunfe tu hueste umbria
del mas hermoso exercito del dia,
que si en tu sombra obscura,
pues sin luz dexa hallarse la hermosura,
la de Laura merezco,
verás que á tu deidad pálida ofrezco,
por vitorioso exemplo,
de ébano, bronce, y jaspe negro templo,
atezada coluna
del concavo edificio de la luna;
y en tus altares tu deidad ingrata
en una estatua de azabache, y plata,
cuyas timidas plantas,
estrellas den, en vez de flores, quantas
esa inconstante esfera
le debe á tu nocturna primavera;
y no serán errores,
que si estrellas del dia son las flores,
y tu las atropellas,
flores son de la noche las estrellas.

Salen Laura, y Nise.

Laur. Quedate tu á la puerta
de Fabio, avisarásme si despierta.
Nis. Alli te está esperando.
Laur. Es Arnaldo?
Arn. No sé, que estoy dudando,
viendome tan dichoso,
si soy otro, y dudoso,
tengo en tan dulce abismo
el favor, y los zelos de mi mismo.

Laur.

Laur. Pues cree el favor, y duda los rezelos,
que nadie mas que tu debe á los zelos.
Arn. No sé de que manera.
Laur. Si mi hermano de ti no los tuviera,
y necio su cuidado,
no se hubiera conmigo declarado,
á esto no me obligara,
pues con verte de dia consolara
la pena, Arnaldo, mia:
luego quitando ese lugar al dia,
se le han dado á la noche sus rezelos:
luego terceros tuyos son sus zelos.
Arn. Al que de algun veneno
el pecho, Laura hermosa, tiene lleno,
otro veneno cura;
asi yo, á quien la muerte le procura
una pena, que á llanto me condena,
el antidoto hago de otra pena,
pues veneno á veneno se prefieren,
y vivo yo de lo que tantos mueren.
Laur. Poco mi amor te debe,
pues el dolor tus acciones mueve
desde el dia funesto
de la muerte de Licio: mas qué es esto?

Dentro ruido.

Arn. Un hombre se ha arrojado
al jardin. *Laur.* Quien será?
Arn. Poco ha durado
un bien, que dan los zelos,
presto vienen por él.

Dentro Don Carlos.

Carl. Valedme, cielos. *Sale.*
Laur. Sin duda que es mi hermano.
Arn. No es, que él no entrara desta suerte, es llano.
Laur. Pues quien quieres que sea?
Arn. Quien este lance averiguar desea.

Saca la espada.

Yo he de saberlo asi.
Laur. De pena muero.
Arn. Quien va? quien es? *Carl.* Caballero,
merezcaos tan noble brio
mas ilustre vencimiento;
no contra un hombre postrado
rayos esgrimais de acero,
porque es inutil vitoria
quitarle la vida á un muerto.
Si acaso de aquesta casa
sois el generoso dueño,
mi atrevimiento suplid,
si es la fuerza atrevimiento.
Un hombre soy desdichado,
tanto, que mil veces creo,
que el cuerpo de las desdichas
es la sombra de mi cuerpo.
De una casa en otra he entrado
hasta este jardin, huyendo
de la razon de un marido,
(por deslumbrarle, le miento) *ap.*
á quien en defensa honrosa
de mi vida heri, supuesto
que hidalgas desdichas hallan
lugar en hidalgos pechos.
Solo que me deis os pido,
solo que me deis os ruego
paso á otra casa, hasta tanto
que tome sagrado puerto
este desnudo baxel,
este derrotado leño,
que va corriendo fortuna
en un mar, que todo es viento.
Arn. Hidalgo. *Laur.* Ay de mi!
Arn. Quien quiera
que seais, á tanto estrecho
os trae la suerte, que aqui
daros, ni negaros puedo
el paso, porque á los dos
nos está mal el concierto:
A vos, porque si os le doy
á esa otra casa, os empeño
mas, que son del Potestad
los jardines, que con estos
confinan, y será daros
prision, y no retraimiento:
A mi, porque no soy parte
para ocultaros, no tengo
que declarar la ocasion,
esto basta; y asi, luego
podeis volver á salir
por donde entrasteis, supuesto
que ni pasar, ni quedaros
no os está bien. *Carl.* Deteneos,
que si es riesgo mio el pasar,
y el quedarme daño vuestro,
por escusar vuestro daño,
quiero atropellar mi riesgo.
Dadme paso á esos jardines
que decis, que quizá en ellos
guardará la confianza
lo que aqui no guarda el miedo.
Arn. Ya me dais mas que pensar,
pues

pues delinquente, que huyendo,
á la Justicia no teme,
arguye mayor secreto:
y ya, ni iros, ni quedaros
ha de ser, sin conoceros.
Carl. Qué os importa? *Arn.* Saber solo
si esto ha sido fingimiento
para conocerme á mi.
Carl. Ciego fuera, y mas que ciego,
quien á tanta luz no viera
hurtos de amor, y de zelos.
No querais mas desengaño
de que á buscaros no vengo,
sino que viendo á esa dama,
me voy, y con ella os dexo;
pues aunque fuera verdad,
mayor vitoria no creo,
que quedar con ella ayroso,
y ella me viera ir huyendo.
La causa de no temer
esa casa es, porque tengo
noticia della, y sabré
della escaparme mas presto.
Arn. Pues nadie fuera cobarde
á los ojos de sus zelos;
no quiero mas desengaño,
mas satisfaccion no quiero.
Llegad, que deste emparrado,
como yo os ayude, es cierto
que pasareis facilmente.
Carl. La vida diré que os debo:
huyendo de mi prision,
Flora, á tu prision me vuelvo.
Vanse los dos.
Laur. Quien vió mas extraño lance!
quien vió mas raro suceso!
la primera noche que.
Dan golpes dentro, y vuelve Arnaldo, y dice dentro Don Cesar.
Ces. Abrid estas puertas presto.
Laur. Ay de mi! qué ruido es este?
Arn. Ya pasó: pero qué estruendo
oigo? *Dentro Fabio.*
Fab. Ola, dadme una luz;
ruido en mi casa? qué es esto?
Ces. Abrid aqui. *Arn.* Qué he de hacer?
Laur. Salir tu tambien. *Arn.* No puedo,
que si el otro. *Laur.* Ay infelice!
Arn. Pudo, fue, porque yo.
Laur. Ay cielo!
Arn. Le ayudé á salir, y yo
quien me ayude á mi no tengo.
Laur. Ya entra luz, procura pues
retirarte á un aposento.
Sale Fabio, y Criados con luz.
Fab. Yo sabré: quien va? quien es?
Laur. Yo, señor. *Fab.* Pues tu; qué es esto?
en el jardin á estas horas?
Laur. De mi quarto salí huyendo
á las voces. *Fab.* Esas puertas
abrid todas, y veremos
quien llama.
Sale Don Cesar, y gente.
Ces. Señor Don Fabio,
que no os altereis, os ruego,
desta novedad, que quien
fue tan prevenido, y cuerdo
á avisarme que sabia,
si bien no tuvo allá efecto,
donde estaba este homicida,
y mostró tanto deseo
de su prision, dará el susto
por bien empleado, á trueco
de que le prendan. *Fab.* Pues donde
está? *Ces.* Siguiendole vengo,
que á las puertas del jardin
le reconocí, bien cierto
que es él, segun dicen todos:
al fin, mas veloz, que el viento,
volvió la espalda, y se entró
en una casa: en efecto,
de una en otra, llegó á echarse
en estos jardines vuestros.
Fab. Pues si él se echó en mis jardines,
no hay duda de que esté en ellos,
que no hay por donde salir.
Ces. Pues mirad la casa.
Entran por distantes partes.
Laur. Cielos,
qué desdicha es esta mia?
si hallan á Arnaldo, yo muero,
pues los zelos de mi hermano
serán agravios, no zelos.
Sale Arnaldo embozado, con la espada desnuda.
Ces. Aqui está un hombre embozado.
Fab. Descubrios ya. *Arn.* Primero
perderé la vida. *Ces.* Fuera,
apartaos, deteneos,
señor Don Carlos Colona.
Arn. Qué escucho? viven los cielos,
que aquél era mi enemigo.

Ces. Aunque tantas causas tengo
para vengarme de vos,
por otros justos respetos
os sufro esta demasia,
os paso este atrevimiento:
daos á prision. *Laur.* Ya qué aguardo?
Arn. Qué haré? pues si aqui me dexo
prender, dexo de decir
que es Carlos el que va huyendo,
y despues de darle vida,
espaldas le hago yo mesmo.
Pues tambien si me descubro,
á Laura infelice pierdo;
pues hará, en viendome Fabio,
evidencia sus rezelos;
pues decir que el otro huyó,
es decir que ya está dentro;
descubrirme es villania,
baxeza estarme encubierto,
y resistirme imposible.
En una balanza puestos
estan mi vida, y su honor;
pero qué dudo? qué temo?
mas es su honor, que mi vida:
señor Don Cesar. *Laur.* Hoy muero.
Arn. Solamente á vos rindiera
esta vida, y este acero;
vuestro preso soy. *Ces.* Volvedle
á la cinta: lleva, Celio,
á Don Carlos á la torre.
Arn. Celio, vamos. *Cel.* Pues qué es esto?
vos sois? *Arn.* Calla, Celio, calla,
que importa mucho el secreto.
Vanse Celio, Arnaldo, y los Criados.
Ces. Fabio, á Dios; perdonad, Laura,
este alboroto. *Laur.* No puedo,
que hay mucho que perdonar.
Fab. Yo tengo de iros sirviendo.
Ces. Eso no, ya en mi poder
Carlos está, ya me veo
entre amistad, y venganza,
á dos impulsos atento.
Ya la obligacion de Juez
cumplí, y la de amigo espero;
déme la venganza ira,
déme la amistad consejo,
déme la prudencia aviso,
y déme paciencia el cielo. *Vase.*
Laur. Preso Arnaldo por la muerte
que mas llora? habiendo él mesmo
dado á su enemigo vida?
y tener yo sufrimiento
para no haber dado voces?
qué es esto, cielos? qué es esto?
Fab. Laura vestida á esta hora,
y en el jardin? encubierto
este hombre, este homicida?
haber en guardarse puesto
el rostro tanto cuidado?
qué es esto, cielos? qué es esto?
Laur. Pero en sabiendo quien es,
darle libertad no es cierto?
Fab. Pero qué dudo, si Cesar *ap.*
aqui le vino siguiendo?
Laur. Mas ay! qué dirá mi hermano,
si mañana no hay tal preso? *ap.*
Fab. Con saber quien es mañana,
todas las dudas no absuelvo?
Laur. No hay medio, no, á mis desdichas.
Fab. A mi mal no hay otro medio.
Laura? *Laur.* Fabio? *Fab.* Tarde es ya,
recogete á tu aposento.
Laur. Asi pudiera (ay de mi!)
recoger mis pensamientos;
qué cobarde es el honor!
Fab. Qué atrevidos son los zelos!
Vanse, y salen por la puerta de la torre Silvia, y Carlos, como á obscuras.
Carl. Dicha fue de un desdichado,
que tu á tales horas fueras
la que á este jardin vinieras
donde ya desesperado
estaba. *Silv.* Yo me he atrevido,
despues de pasado el susto
de hallarte en él, aunque injusto
atrevimiento haya sido,
sin dar parte á mi señora,
á traerte al retraimiento;
quedate aqui, porque intento
ir á decirselo ahora.
Carl. Pues dila, que apenas yo
de su casa me ausenté,
quando á su padre encontré,
que á conocerme llegó,
que porque no me prendiera,
varias fortunas corrí,
hasta haber parado aqui,
como mi centro, y mi esfera.
Dila, que me hallaste, en fin,
en su jardin, donde via
por aquella celosia
su beldad desde un jazmin.

Silv. Todo aqueso la diré,
y quedate, porque ya
muy presto mi amo vendrá;
y si me siente, no sé
que disculpa pueda dar
de estar vestida á esta hora.

Vase, y cierra.

Carl. Disculpame tu con Flora,
triunfarás de mi pesar:
á quien habrá sucedido
en el mundo semejante
caso? Hay caballero andante,

Comienzan á abrir la puerta, y salen Arnaldo, y Celio con luz muy espacio.

que pueda; pero qué ruido
escucho hácia esotro lado
de la torre? sí, por donde
á otra casa corresponde,
han abierto, y han entrado
con luz dos hombres; qué haré?
sin duda que me han seguido
hasta aqui, y aqui han venido
á darme muerte, porque
de vista conozco al uno,
que al lado de Licio estaba
riñendo: ay pena mas brava!
ay lance mas importuno!
La casa miran, lo estrecho
deste paso he de tomar,
vive Dios, que han de llegar
cara á cara, y pecho á pecho.

Tercia la capa, empuñando la espada Don Carlos, y ponese á un lado hácia el paño, y Celio pone la luz sobre un bufete.

Cel. De la torre, y de mi casa
esta es la pieza mejor.
Arn. De qualquier suerte, en rigor,
Celio, una noche se pasa.
Cel. Con causa admirarme puedo
de vuestro suceso. *Arn.* En fin,
estaba yo en el jardin
con Laura. *Cel.* Hablemos mas quedo.
Carl. Si vinieran á buscarme,
no tan de espacio vinieran;
si no me buscan, qué esperan?
O si pudiera acercarme
á oir lo que hablan! mas no,
mas vale estar retirado,
que si ellos no me han buscado,
por qué he de buscarlos yo?
Arn. En efecto le dí paso,
á quien la muerte le diera
donde quiera que le viera,
y quedé yo. *Cel.* Hablad mas paso.
Arn. De suerte, que mi piedad,
vuelta entonces contra mi,
porque al otro se la dí,
me dexó sin libertad.
En vuestro poder estoy
por lo que mas lloro preso.
Cel. Bien extraño es el suceso;
pero ya desde aqui doy
las gracias al desengaño,
pues en viendoos, claro está
que Cesar os soltará
libremente. *Arn.* No es mi daño
el que yo siento: pluguiera
al cielo en eso parara,
que el delito confesara,
porque Laura no tuviera
esta sospecha en su fama,
que es infamia conocida
consolarme con mi vida,
tan á costa de mi dama.
Sel. Yo bien quisiera tener,
Arnaldo, una industria, un modo
para sacaros de todo.
Arn. Uno solo puede haber.
Cel. Qual es? *Arr.* Dexarme salir
á avisar, y disponer
á Laura lo que ha de hacer,
y lo que yo he de decir;
no discrepemos los dos,
lo que hemos de hacer sepamos,
porque una cosa digamos;
yo volveré, vive Dios,
brevemente. *Cel.* No quisiera
que os volvieran á buscar;
mas algo ha de aventurar
el que serviros espera;
pero ved que de vos fia
mi honor su reputacion.
Arn. Yo volveré á la prision
antes que declare el dia.
Cel Id con Dios. *Arn.* Con eso alcanza
nuevas prisiones mi pena,
porque la mayor cadena
de un noble es la confianza.

Vanse los dos, dexando la luz.

Carl. Fueronse? sí. A qué han entrado
estos hombres? O quien fuera

tan venturoso, que hubiera
oido lo que han hablado?
Ni una palabra entendí,
ni una razon escuché,
y solo de aquesto sé,
que ya no estoy bien aqui.
Pues entrando aqui esta gente,
es forzoso que me vean;
qué tantos contra mi sean!
En fin, lo mas conveniente
es el irme. O quien contar
pudiera á Silvia (ay de mi!)
esto que ha pasado aqui!
O quien pudiera llamar,
sin hacer ruido! mas ya
para qué? si ella lo sabe;
pues vuelve á torcer la llave.

Vuelven á abrir.

Quien duda que ella será?
Mato la luz; pero no,
mejor es que sea testigo,
que acredito lo que digo:
quien es quien me busca?

Sale Don Cesar, y viendole Don Carlos se turba.

Ces. Yo,
yo soy, Carlos. *Carl.* Señor, vos.
Ces. Dexad turbados extremos,
y sentaos, que tenemos
que hablar á solas los dos.

Sientanse.

Señor Don Carlos Colona,
no os admire, no os espante
que á estas horas os visita
en esta torre, esta carcel,
quien es en vuestros sucesos
Abogado, Juez, y parte,
y hace un todo de desdichas,
compuesto de dos mitades.
Yo quise, pues, esperar
para hablaros, á que nadie
me vea entrar en vuestro quarto;
y asi vengo, quando yace
en el sepulcro del sueño
toda mi casa cadaver.
Confuso estareis de oirme
tan apacible, y afable
ahora, habiendome visto
que tan riguroso fui antes:
Pues para que no lo esteis,
reportaos, y escuchadme,
que dificultades dichas,
ya no son dificultades.
Yo soy el mayor amigo,
que ha tenido vuestro padre,
sin que esta amistad el tiempo
ni la melle, ni la gaste.
La vida, y el honor mio
le debo, y debo acordarme
entre tan grandes ofensas
de obligaciones tan grandes.
Acuerdome, pues, que un dia
siguiendo los estandartes
catolicos, que á los cielos
lleva en sus alas el ave
de dos cuellos, tuve yo
con dos nobles de la sangre
de Nasau, deudos cercanos
del gran Principe de Orange,
un desafio, y saliendo
á campaña, porque iguales
estuviesemos, saqué
por segundo á vuestro padre.
En fe, pues, de su valor,
salí ufano, y arrogante,
tanto que limpio mi honor
fue: mas no quiero acordarme,
que se corre la vejez
de escuchar sus mocedades.
Esta obligacion, y muchas
en mi pecho escritas trae
mi valor, que un pecho noble
es lamina de diamante.
Y siendolo, no, no es mucho
que en mi dure sin borrarse,
quando con buril de acero
Carlos la grabó con sangre.
Venisteis vos á Viena,
donde (esto en silencio pase)
la fortuna, que no hay quien
mejores novelas trace,
por una parte me pone
en ocasion de vengarme,
y de ampararos por otra.
Y yo, en confusion tan grave,
conociendo que hay en mi
dos afectos tan iguales,
dos impulsos tan conformes,
dos deseos tan constantes,
de piedades, y rigores,
mezclandolas cada instante,
hago un cuerpo, en que no son
ni

ni rigores, ni piedades.
Preso estais en mi poder,
desdicha fue que os hallase
en aquel jardin, y bien
mostré de veros pesarme;
pues por no veros, la capa
nunca os quité de delante.
No pude dexar entonces
entre obligaciones tales
de estar severo, ni ahora
puedo dexar de mostrarme
piadoso, porque pretendo
satisfacer ambas partes.
Y asi, si entonces fui Juez,
ahora amigo, si alli parte,
aqui abogado; ved vos
qué disculpas podeis darme,
qué descargo puedo haceros,
qué medio puede tomarse,
para que cumpla yo á un tiempo
con las quejas de mi sangre,
los ruegos de mi amistad,
las deudas de vuestro padre,
la obligacion de mi oficio.
Y esto no lo sepa nadie,
porque si ahora soy amigo,
mañana Juez. Dios os guarde.

Vase cerrando la puerta.

rl. Qué es lo que pasa por mi?
hay suceso mas notable!
quien vió mayor confusion?
quien vió mas extraño lance?
Don Cesar, quando escondido
aqui estoy, á visitarme
viene, sin que el verme aqui,
ni le enoje, ni le agravie?
Quando pensé que venia
á prenderme, ó á matarme,
á contarme viene, cielos,
desafios de mi padre?
Aqui hay algun grande engaño,
ó alguna tracion hay grande:
Porque (apuremos el caso)
supongo que sepa de alguien,
que aqui me esconde, es posible
que con tal paciencia trate
sus agravios? no, pues quando
quiera, por su honor, no darse
por entendido, pudiera
fingirlo prudente, y grave
con la lengua, y con la voz,
pero no con el semblante,
porque el semblante en un hombre.
ni puede mentir, ni sabe:
pues si no puede fingirse
tan vivamente este lance,
qué jardin es este, cielos,
donde me prendió? dexadme
confusiones, que no es
posible que un pecho baste
á resistirse de tantas,
sin que la menor le mate.
A espacio, á espacio, desdichas,
á espacio, á espacio, pesares,
vamos cogiendo los cabos
á este caso, que importante
será recogerlos todos,
porque no se desenlace
alguno; veamos si hay
memoria que tantos ate.
Yo á un caballero dí muerte
por un disfrazado angel;
su prima, y su esposa á mi
esta torre, en que guardarme;
la tapada agradecida
finezas trueca á diamantes;
un su amigo, que me busca
para darme muerte, llave
tiene de ese quarto, donde
entra libremente, y sale;
él mismo de quien yo huyo,
como Juez, y como parte,
no habiendome allá prendido,
no extraña que aqui me halle.
Pues qué es lo que puedo hacer
en confusiones tan grandes?
salir de aqui, es muy dificil,
esperar aqui, no es facil.
O qué de cosas pendientes
se quedan para adelante!
pues es fuerza que mañana
Don Cesar se desengañe,
Flora con él se disculpe,
la tapada se declare,
el enemigo se vengue;
oxalá, porque se allanen
tantos pielagos de penas,
montes de dificultades,
laberintos de rezelos;
y si es que habeis de matarme,
no vengais á espacio, agravios,
no vengais á espacio, males;
aprie-

apriesa, apriesa, desdichas,
apriesa, apriesa, pesares.

JORNADA TERCERA.

Salen Flora, y Silvia.

Flor. Qué me dices? ***Silv.*** Lo que pasa,
en pie la duda se está,
pues está Don Carlos ya
otra vez dentro de casa.
Flor. Aunque acabas de decir
lo que con él te pasó,
me parece á mi, que yo
no lo he acabado de oir.
Y asi, antes que el alva fria,
envuelta en blanco arrebol,
dé priesa, diciendo al sol,
que es hora que empiece el dia,
me levanto. ***Silv.*** Digo, en fin,
que acostada te dexé,
que salí al jardin, y hallé
á Carlos en el jardin.
Que al principio me turbó,
que al cabo me aseguré,
que la causa pregunté,
y que él me respondió,
diciendo, que habia venido
huyendo otra vez, que entró
por tal parte, y señaló
esas tapias, que han caido
á los jardines de Laura;
que alli confesó muriera,
si acaso yo no saliera,
que su temor le restaura
mi piedad, pues le socorre,
solamente por saber
que tu lo has de agradecer,
y al fin, que se está en la torre.
Flor. Lo que diera mi sentido,
porque Carlos no se hubiera
ido ayer, ahora diera,
porque no hubiera venido.
O qué mal contento, amor,
vives siempre! quien habrá
que te agrade? quien? si está
siempre flechado tu ardor?
Siempre se escuchan tus quejas,
trocando males, y bienes,
por dexarlos, si los tienes,
por tenerlos, si los dexas.
Si ayer lloraste un olvido,
no llores hoy una fe;
si sentiste que se fue,
no sientas que haya venido.
Que aunque daño pueda ser
mio ver, que aqui volvió,
qué te importa á ti, si yo
te lo quiero agradecer?
Silv. Con el discurso, señora,
hasta la puerta has llegado
de la torre. ***Flor.*** Mi cuidado
el movil ha sido ahora
desta accion mia, y no mia,
pues tanto me arrebató,
que me traxo, sin que yo
supiese donde venia.
Abre, pero quien se ha entrad
hasta aqui? *Dentro ruid*
Silv. El hombre que ves,
el Sastre fingido es,
que fue de Carlos criado.
Flor. Qué aqui le dexen entrar!
Silv. No asi tus labios se quejen,
que él se entra, aunque no le dex
que es un humor singular.
Flor. Pues sal, antes que aqui lleg
Silvia, y dile que se vaya.
Silv. Qué importa, si él no ha de hacel

Sale Dinero.

Din. Flora, la que llaman casta,
pluguiera á Dios no lo fueras,
que no es justo que las damas
de todo punto lo sean,
porque no sirve de nada.
Silv. Dexe esas necias locuras,
y vayase noramala.
Din. No habrá un manto que prob
siquiera? *Dentro Arnald*
Arn. O perro! aqui estabas?

Dentro cuchilladas.

Flor. Qué ruido es este? ***Din.*** Qué ruid
de muy lindas cuchilladas.
Flor. Dentro de la torre son,
gran desdicha me amenaza.
Arn. Donde quiera que yo hallare
á quien me ofende, y me agravi
puedo darle muerte. ***Carl.*** Yo
guardarme. ***Arn.*** Estrecha es la sal
y hemos venido á los brazos.

Salen los dos luchando.

Flor. Qué miro! ***Silv.*** El cielo me valg
Flor. Ay triste! ***Arn.*** Ahora, traidor

verás si es rayo esta espada,
que sabrá hacerte pedazos.
Carl. No harás poco, si te guardas.
Din. Para hallarle asi, mejor
fuera que nunca le hallára.
Flor. Qué es esto, Arnaldo?
Arn. Traiciones
tuyas, pues que tu le amparas;
pero no es mucho, no es mucho,
si tu misma fuiste causa
de que á tu primo matasen,
tener dentro de tu casa
á su homicida, y tu amante,
que ahora me desengañas
de que entonces fueron zelos,
y que el venirse á tu casa,
tan sin temor, fue por eso;
mas ya que á tu sangre faltas,
no falte yo á mi amistad,
tomando justa venganza.
Flor. Todo Arnaldo lo ha sabido,
y que aqui Carlos estaba,
y ha entrado á vengar su amigo:
quien vió confusiones tantas?
Riñen los dos.
Carl. Pues si vengarte deseas,
qué es lo que esperas? qué aguardas?
Sale Don Cesar.
Ces. Qüé es esto? afuera: qué es esto?
Flor. Esto solo me faltaba;
hoy muero. *Ces.* Como se pierde
asi el respeto á mi casa?
vive Dios. *Arn.* Señor Don Cesar,
el que mas respeto guarda
á estas paredes, soy yo;
pero hallando en vuestra casa.
Flor. Ya qué tengo que esperar,
que todo aqui se declára?
Arn. Escondido ese traidor,
siendo Flora quien le ampara;
pues para darle la vida,
fingió, que por la ventana
salió, y á pesar de todos
en esa torre le guarda;
quise. *Ces.* Suspended, Arnaldo,
razones tan mal pensadas,
que es en mi honor, vive Dios,
delito el imaginarlas.
Si está en mi casa Don Carlos,
yo le he traido á mi casa
preso, que tanto ha podido
mi cuidado, y vigilancia,
que vine á prenderle anoche
en los jardines de Laura.
El traerle á aquesta torre,
es, por ser determinada
prision para caballeros,
ó porque yo tengo causas
para prenderle, y honrarle,
y quiero cumplir con ambas.
Y agradeced, que os respondo
con la lengua, y no la espada,
á tan descortes malicia,
á sospecha tan villana.
Flora es mi hija, y no pudo:
idos de aqui, no me haga
la colera. *Arn.* El ha pensado, *ap.*
como en su casa le halla,
que es el que anoche prendió,
pues me hace la puerta franca.
Y pues asi se asegura
la reputacion de Laura,
y él queda preso, y voy libre,
esto está mejor que estaba.
Yo, señor. *Ces.* No os desculpeis.
Arn. Entré. *Ces.* No hableis mas palabra.
Arn. Osado. *Ces.* No prosigais.
Arn. Porque fui amigo. *Ces.* Aun no basta?
vive Dios, que hagais que os eche
desta suerte de mi casa.
Echale á empujones, y vanse.
Flor. Qué tengo ya que esperar?
Don Carlos, ya veis á quantas
desdichas estoy dispuesta;
mi padre no ignora nada
de la verdad, pues Arnaldo
se lo ha dicho (estoy turbada!)
El decirle, que él te traxo,
supuesto que tal no pasa,
bien se ve que es fingimiento,
por disimular su infamia;
mas con nosotros, con quien
no puede fingirse, es clara
cosa, que ha de declararse:
mi vida, señor, ampara.
Carl. Dices bien, aunque esperé
ser algun engaño causa
de su agrado, ya con esto
no me queda esa esperanza;
mas moriré en tu defensa.
Flor. Todo es malo, pues que guarda
mi vida contra mi vida.

Vuel-

Vuelve Don Cesar.

Silv. Sin duda que aqui se matan.
Ces. Señor Don Carlos, aquella
de vuestra prision la estancia
es, retiraos, y pensad
que esa colera bizarra
de Arnaldo, fue obligacion
de su amistad, disculpadla,
que pues la perdono yo,
bien podeis vos perdonarla.
Esto os pido, porque quiero
yo, que entre los dos se hagan
las amistades. *Flor.* Qué es esto?
quando su muerte esperaba,
tan cortesmente le ruega?
tan blandamente le habla?
Carl. En Cesar sin duda hay mucha
prudencia, ó mucha ignorancia,
y de qualquiera manera,
será mejor apurarlas.
Y pues son tales mis penas,
y tan grandes mis desgracias,
que es la menor estar preso,
esto está mejor que estaba:
en todo he de obedeceros. *Vase.*
Din. Ahora entro yo en la danza.
Ces. Vos, qué haceis?
Din. Viendo que aqui
la fiesta se celebraba
del amo perdido, al punto
dexé tienda, perchas, tabla,
dedal, hilo, seda, agujas,
jabon, pergamino, vara,
tixeras, sincel, patrones,
retazos, mentiras, trampas,
y lo demas, y aqui vine,
no pensando que enfadára
Dinero; mas yo me iré
muy mucho de noramala,
que para ti no hay mas ruegos,
ya lo sé, que irse el que cansa.
Ces. Si á vuestro amo buscais,
entrad con él.
Din. Lo que mandas
está tan puesto en razon,
que no respondo palabra. *Vase.*
Flor. A todos ha despedido,
y conmigo solo traza
quedarse, y la puerta cierra.
Ces. Silvia, allá fuera te aguarda.
Vase Silvia.
Flor. Esto es hecho, no hay remedi[o]
mejor, que echarme á sus plantas,
y contarle la verdad:
Señor. *Ces.* Qué es esto? levanta.
Flor. Arnaldo te dixo. *Ces.* Sí,
que tú á Carlos ocultabas
en casa. *Flor.* Yo soy tu hija,
y el valor tuyo fue causa.
Ces. De sentir, que de ti formes
sospechas tan mal fundadas,
para disculparse á sí;
y estarás muy enojada
de que tal atrevimiento
sin castigarse se vaya;
y tienes mucha razon;
mas como conmigo hablaba,
que sé la verdad de todo,
no me dió cuidado nada.
No estés enojada, Flora,
que quiero que por mi hagas
una fineza: deste hombre
que he traido preso á casa,
desde hoy mandarás que tenga
cuidado alguna criada
en su regalo; y no extrañes,
que al que fiero ayer buscaba
para darle muerte, hoy
festejo. Como esto pasa
en el mundo, que es un monstru[o]
compuesto de partes varias,
pues lo que es agravio hoy,
es obligacion mañana;
y á ningun muerto, en efecto,
fue sufragio la venganza.
No puedo decirte mas,
que son historias muy largas; *Vas[e]*
á Dios, á Dios.
Flor. Santos cielos,
qué es esto que por mi pasa,
mi padre dice, que traxo
preso á Carlos (cosa extraña!)
y Silvia, que en el jardin
le halló, y quando yo esperaba
el disgusto de mi padre,
que le regale me manda?
Señor? sí, que no es posible
que lance tan nuevo haya
en el mundo, que convierta
el mal en bien; pero basta,
que de qualquiera manera
esto está mejor que estaba. *S[a]*

Sale Laura.

Laur. Flora hermosa. *Flor.* Laura mia,
qué es esto? tan de mañana
á visitarme? *Laur.* Sí, Flora,
que un triste nunca descansa.
A buscarte vengo, amiga,
llena de penas, y ansias,
y á depositar en ti
todo el tesoro del alma.
No habré menester decirte
de mis tristezas la causa,
porque tristezas de amor
se dicen sin pronunciarlas.
Un hombre en tu casa está
preso, vida, honor, y fama
verle, y hablarle me importa:
hablando conmigo estaba
anoche, porque es el dueño
de todas mis esperanzas,
quando quisieron los cielos,
que de tu casa á mi casa
le pasasen mis desdichas:
y aunque por la confianza
del Alcayde, volvió á verme,
no me pudo decir nada,
que estaba despierto Fabio;
por tu vida, que des traza
para que yo le hable, y sea
la respuesta executarla,
que nunca dan mas espacio
las penas, y las desgracias.
Flor. Valgame el cielo! qué escucho?
Laur. Pues no me respondes nada?
Flor. No sé como responderte;
y es verdad, porque palabras *ap.*
que traen la yerba de zelos,
son el veneno del alma.
Apenas de haber salido
de un mal daba el cielo gracias,
quando vuelvo á dar las quejas?
O como es cosa asentada,
que son cobardes las penas,
pues siempre en quadrillas andan!
Laura es dama de Don Carlos,
Carlos es galan de Laura:
anoche, quando salió
de aqui, se fue á visitarla;
desde su jardin, adonde
hablando con ella estaba,
pasó al mio; bien lo dice
ella, pues dice (ay tirana!)
que le pasó una desdicha
desde su casa á mi casa.
Pues si á Carlos Laura quiere,
pues si á Laura Carlos ama,
volved atras, pensamientos,
que aun no está mejor que estaba.
Laur. Qué me respondes? qué dices?
qué tienes? *Flor.* No sé que haga:
daré paso yo á mis zelos?
tercera á sus esperanzas?
no, que ninguno guardó
á sus zelos las espaldas.
Laur. Por qué con tal turbacion
me miras? *Flor.* Porque me mandas
cosa, en que será imposible
servirte, siempre cerrada
la puerta está, que responde
al quarto donde se guarda
ese hombre, y el Alcayde
por otra calle se manda.
Laur. Hay mas de abrir esa puerta?
Flor. Mas hay, porque está clavada.
Laur. Rompela, y dexala en falso.
Flor. Veránlo aquesas criadas.
Laur. O qué de dificultades
me pones! *Flor.* De qué te cansas?
Laur. De que si fueras mi amiga,
inconvenientes no halláras.
Flor. Yo hago. *Laur.* No me digas mas.
Flor. Mas que puedo. *Laur.* Tu te engañas.

Sale Don Cesar.

Ces. Qué voces, Flora, son estas?
qué voces son estas, Laura?
las dos amigas asi
se enojan? *Flor.* No ha sido nada.
Laur. No es, sino mucho; y pues traxe
dos diligencias pensadas,
he de intentar la segunda,
pues la primera me falta;
y en lagrimas, y suspiros
salgan de mi pecho, salgan
de una vez tantos pesares,
de una vez desdichas tantas.
Escuchame: Yo, señor,
vengo con un desengaño,
á sacarte de un engaño,
á librarte de un error.
A un caballero le dí
ocasion de que me viera
en mi casa: ó si pudiera
esto decirse sin mi!

quan-

quando un hombre, que venia
huyendo de vos, se entró
en el jardin, y pasó
á esta casa de la mia;
vos siguiendole llegasteis,
y á mi amante (ay penas tristes!)
por el hombre que seguistes,
preso á una torre enviasteis.
No me pude declarar
por mi hermano, y ahora vengo,
con la obligacion que tengo,
(ó señor) á suplicar
que con generoso indicio
mireis por mi fama, pues
soltadle, pues que no es
el que dió la muerte á Licio.
Con mi hermano disculpada
quede yo en hallarle alli.

Ces. En toda mi vida ví
mentira mas mal trazada:
señora, si vuestro amor
quiere, ostentando finezas,
tomar vado en sus tristezas,
hallar puerto á su dolor,
no ha de ser con fingimientos
vanamente imaginados,
mejor negocian postrados
los ruegos, y rendimientos;
porque si el que yo seguí,
y en vuestro jardin hallé,
Don Carlos Colona fue,
y es el mismo que está aqui,
qué sirven engaños? *Laur.* Esa
es mi desdicha cruel,
el presumir vos que es él.

Ces. Pues si él mismo lo confiesa,
puede él mismo mentir? *Laur.* Sí,
que por no formar, señor,
sospechas contra mi honor,
querrá condenarse á sí.

Ces. Quando en su pecho cupiera
una fineza tan rara,
que el delito confesára,
y él mintiera, no mintiera
un criado, que ha venido
con él, le ha visto, y le ha hablado.

Laur. Puede mentir el criado.

Ces. Hareis que pierda el sentido:
y si yo mismo al instante,
que le envié preso aqui,
á solas le hablé, y le ví,
y él. *Laur.* No paseis adelante:
vos le hablasteis? vos le visteis?

Ces. Yo mismo, yo mismo, yo.

Laur. Pues será otro, pero no
el que en mi casa prendisteis,
porque vos le conoceis
al que en mi jardin hablaba.

Flor. Esto está mejor que estaba.

Ces. Si eso persuadir quereis,
dexadme por Dios, señora,
que es querer, que un fingimiento
me quite el entendimiento.
Dile por tu vida, Flora,
como el que anoche prendí
Don Carlos Colona es.

Flor. Eso tiene duda? pues
el que ahora está preso aqui
muy bien le conozco yo,
y es el mismo que venia
huyendo aquel mismo dia
(ay infelice!) que dió
la muerte en el campo á Licio.

Ces. Diselo asi, porque temo,
que su locura, y mi extremo
me quiera quitar el juicio. *Vase.*

Flor. Pues qué duda puede haber
en verdad tan asentada?

Laur. Flora, no me digas nada,
que yo lo vendré á saber. *Vase.*

Flor. Como de mi mal me espanto,
del tuyo, Laura, tambien;
mas de mi mal, ó mi bien,
hoy veré el fin: dame un manto,
Silvia. *Sale Silvia.*

Silv. Qué quieres hacer?
no ves que ya su criado,
que eres tu, le habrá contado,
la tapada? *Flor.* Que temer
no tengo, venza el rigor
de tan confusos desvelos,
y denme muerte mis zelos,
ó vida me dé su amor. *Vanse.*

Salen Don Carlos, y Dinero.

Din. Lastima es, vive el cielo,
si credito he de dar á tu desvelo,
que un amante no seas
de novela. *Carl.* Pues oye, si deseas
saber todo el suceso.
Estaba yo escondido, donde preso
ahora estoy, quando vino
otra dama de ingenio peregrino,
á

á buscarme tapada,
diciendo, que de mi estaba obligada,
porque la dama era,
que fue de mi rigor causa primera.
Esta, pues. *Din.* Era Flora.
Carl. Qué dices?
Din. La verdad, escucha ahora:
Flora es esa tapada,
que á visitarte vino disfrazada,
yo lo sé, porque estaba
contigo, quando yo, que te buscaba,
la saqué de un aprieto
con su padre, fingiendome en efeto
Sastre; al cielo pluguiera,
que antes, que Sastre, diablo me fingiera.
Don Cesar adonde iba preguntaba,
y ella dixo, que un manto se probaba,
que yo entonces traía; de manera,
que Flora es la tapada.
Carl. Aguarda, espera,
que si vamos juntando
partes, hay muchas que lo abonen. Quando
riñendo Arnaldo estaba,
dixo, que darme muerte procuraba,
por vengar á su primo, cuya muerte
ella causó; de suerte,
que habiendo ella causado
la muerte de su primo, con cuidado
ampararme obligada,
visitarme tapada,
guardarme temerosa,
y obligarme, en efeto, generosa,
muchas verdades son, y yo las creo,
por lo que persuadir sabe el deseo:
quien decirte supiera
del modo que la ví, quando mi fiera
suerte, por la pared de esos jardines,
me ocasionó volverme á sus jazmines.
Din. No todo sea pesar, va de pintura.
Carl. Escucha, aunque se enoje su hermosura.
Ya te dixe, como anoche
de aquesta casa me fui,
y que en la calle Don Cesar
me reconoció al salir.
Ya te dixe, como huyendo
de un lance en otro, caí
á un jardin, donde un amante
favorecido, y feliz,
gozaba su paraiso,
sin temor del serafin,
pues le tenia en sus brazos:
pues escucha desde aqui.
A los jardines de Flora
pasé, y confuso me ví,
porque entre los laberintos
de su enlazado país,
que los arrayanes texen
con los olmos, me perdí.
Era la noche medrosa,
monstruo tan cobarde, y vil,
que pisando blandamente
ya el clavel, ya el alheli,
no dexó á fuentes, ni flores
que murmurar, ni reir:
y entre nieblas empañado
el cristalino viril,
sepultó abismos de estrellas
en tumulos de zafir.
Desta suerte discurria,
quando entre las sombras ví
un nocturno rayo, cuyo
norte me obligó á seguir
su luz: hallé, pues, por una
celosía de jazmin
entreabierta una ventana,
que el ayre debió de abrir,
para penetrar su cielo,
enamorado, y sutil.
Estaba entre sus criadas
Flora, bien como lucir
suele entre vasallas flores
la rosa, su emperatriz.
Una, hincada la rodilla,
en un azafate alli
recogia los despojos
de su vitoria gentil.
Desenlazó las sortijas
de la prision de marfil,
y luego acudió al cabello,
donde, como Flora, en fin,
fue desperdiciando flores,
tan hijas suyas, que oí,
para adornarse otra aurora,
se las envidió el jardin;
porque por desechos suyos,
llaman galan al Abril.
De los cuidados del dia
ya absuelto el cabello ví,
siendo oceano de rayos,

donde la mano, feliz
bucentóro de cristal,
corrió tormenta de cfir.
Tan hermoso el desaliño
era, que quise decir:
mal haya el aliño, donde
es el desaliño asi.
Luego, á mas leve precepto
rendido, le volvió á asir
en una red de oro, y seda,
labrada á colores mil.
En cotilla, y en enagua
quedó, de un verde tabí,
que como es Flora, no quiso
ageno color vestir.
Una guarnicion no mas
era el ultimo perfil,
donde en lineas de oro iba
á rematar, y morir
otra hermosa primavera
de muchas flores de lis:
y como á joven verano
sigue el cano invierno, asi
se miró á esta verde pompa
la blanca nieve seguir
de otra enagua de cambray,
que crepusculō sutil,
no dexaba entre dos luces,
ni obscurecer, ni lucir.
La estatua de otro dia
fiada dexó al chapin,
quedando su perfeccion,
menos no, mas menor sí.
Sentóse sobre la cama,
que era ocaso carmesi:
mas quando el sol no se acuesta
tras cortinas de carmin?
Aqui cegaron mis ojos,
porque una criada aqui
á descalzarla se puso,
las espaldas hácia mi.
Y por mas que codicioso
bruxulear, y descubrir
quise, entre lejos, y sombras,
solo alcanzé, solo ví
no sé qué rasgos de nacar,
de un cendal azul turqui
abrazados, y una caxa,
si se pudo percibir,
porque era un atomo breve,
que nació, para vivir
concha de la menor perla,
boton del menor jazmin.
Pusose sobre los hombros
otro rico faldellin,
porque un baño las criadas
le empezaron á servir;
de las lagrimas que el alva
llora, quando va á salir,
debió de ser, porque entonces
todo respiró ambar gris.
Metió los pies en el agua,
y trabaron entre sí
cristales contra cristales
una batalla civil:
y como estatua de nieve
era Flora, y yo la ví,
por ser con cristal cuaxado,
deshecho cristal, temí
que la estatua por los pies
se empezaba á derretir.
En aqueste punto Silvia
de gasas quitó un telliz
á las almohadas, y abrió
el lecho, donde á dormir
se reclinó mejor sol,
que el que en campo de zafir
suele madrugar topacio,
para acostarse rubí.
Corrieronle la cortina,
dexandome á mi sin mi,
en manos de mi temor,
venturoso, é infeliz,
hasta que Silvia salió,
como ya te referí.
Y lo que me admiró mas,
fue, viendo esparcir asi
sus adornos, que mañana
sepa volverse á vestir.
Din. Con todo quanto has gastado
de ambar, clavel, y jazmin,
se te olvida lo mejor
de su adorno. *Carl.* Cómo asi?
Din. No traía guardainfante
Flora, señor? *Carl.* Luego ví,
que habia de sér frialdad
la que ibas á decir.
Din. Ya que tu me la has pintado,
puesto que yo no la ví,
quiero pintartela yo:
Va pendiente de la cin
tura, en quanto la enagua

dexó enjauladas las trí
pas en un enxugador,
de alambre, esparto, y de cin
tas, que como las enaguas
al humo de las pastí
llas se curan, no se hallan
sin enxugador, y sin
perfumes: y en conclusion,
est custos infantis sic,
que por no espantar á tantos,
decirlo quise en latin.

Sale Celio.

Cel. Advertido yo de quanto *ap.*
pasó á Arnaldo, he de fingir
que este es el preso que anoche
Don Cesar me encargó á mi.
Una tapada muger
te busca; y aunque yo aqui
no tengo tanta licencia,
en algo te he de servir.
Din. Ahora verás si es Flora,
Carl. Merced me hace: si es asi,
tendrán premio tus albricias,
tendrán mis desdichas fin.

Sale Silvia.

Silv. Aquella dama tapada,
que te vino á ver aqui,
vuelve otra vez. *Carl.* Ya lo sé;
mas que puede entrar le di.
Cel. Aquel, señora, es el preso
que buscais, y que decis.
Silv. Solo está, bien llegar puedes.

Sale por una parte Laura con Celio, y por otra Flora con Silvia, tapadas.

Carl. Qué miro! que quando aqui
una tapada esperaba,
vienen dos? *Din.* Es de sentir,
que á mas moros mas ganancia,
el refran suele decir,
mas á mas christianos no.
Laur. Señor? *Flor.* Carlos?
Laur. Ay de mi!
que este no es Arnaldo. *Flor.* Cielos,
esta es Laura. *Carl.* Proseguid,
por qué os retirais las dos?
qué mandais? á qué venis?
Laur. Yo no tengo que deciros,
porque en mirandoos, perdí
la memoria. Aquella es Flora.
Flor. La voluntad yo. *Carl.* Advertid,
que solo el entendimiento
hay que perder para mi;
y antes que le pierda, sepa
que haceis aqui, ó que decis.
Laur. Yo no tengo ya que hacer.
Flor. Ni yo tengo que decir.
Carl. Embozadas hermosuras,
que detras de ese nublado,
antes de haberme alumbrado,
me quereis dexar á obscuras:
piedades son mal seguras
iros, sin que os haya oido,
que si ver el bien perdido,
quien le tuvo, es gran desden,
qué será perder el bien
antes de haberle tenido?
Y si á un dia al arrebol
sigue una noche importuna,
quedando á pagar la luna
obligaciones del sol:
Si un farol á otro farol
mas, ó menos rayos fia,
advertid, que es tirania,
á que ninguna igualó,
que pase dos noches yo
sin deberselas al dia.
Laur. Yo no me he de descubrir,
porque no os importa á vos,
ni á mi, porque donde hay dos,
de nada puedo servir.
Din. Por mi deben de venir.
Carl. Apartate: no teneis
que rezelaros, pues veis
que si tanto habeis tardado,
que dos noches han pasado,
dos auroras me debeis.

Sale Celio.

Cel. En mi quarto mi señor
os espera, porque quiere
(tanto su fama prefiere
al sentimiento el valor,
y á la piedad el favor)
hacer hoy las amistades
de Arnaldo, y vuestras. *Carl.* Verdades
sus ofrecimientos son:
rompa, pues, mi confusion
por tantas dificultades:
ya veis que es fuerza asistir
donde me llaman; á Dios.
Din. Yo me quedo entre las dos.
Carl. A ninguna dexes ir. *Vase.*
Din. Ea, tiempo es de embestir.

Flor. Si muero, por qué dilato
el desengaño? *Laur.* Yo trato
de averiguar mis rezelos.
Din. Si aqui hay batalla de zelos,
yo he de tener lindo rato.
Flor. Tu por un instante ahora
alli puedes apartarte:
Laura? *Laur.* Sí. *Flor.* Pues oye aparte.
Laur. Escucha tu aparte, Flora.
Flor. Mi sentimiento no ignora.
Laur. Bien conocen mis extremos.
Flor. Que de un mal adolecemos.
Laur. Que padecemos un daño.
Flor. Curenos un desengaño.
Laur. O muramos, ó sanemos.
Flor. Tu á Carlos, Laura, has seguido?
Laur. Yo á Carlos? haste engañado,
porque en mi vida le he hablado,
y apenas le he conocido.
Flor. Pues como á verle le has venido
desta suerte? *Laur.* Yo no vengo
á ver. *Flor.* Mayor duda tengo.
Laur. A Carlos, á Arnaldo sí,
que preso ha de estar aqui.
Flor. Ya el desengaño prevengo:
Arnaldo, Laura, fue á quien
mi padre anoche prendió?
Laur. Por eso le busco yo.
Flor. Y es el que tu quieres bien?
Laur. Sí. *Flor.* Y el que anoche tambien
en tus jardines te hablaba?
Laur. El era el que se ocultaba.
Flor. No Carlos? *Laur.* Con Carlos yo?
Flor. Luego no le quieres? *Laur.* No.
Flor. Pues mejor está que estaba:
y en albricias darte quiero
otra buena nueva, ya
Arnaldo preso no está.
Laur. Cómo? *Flor.* Como de aqui infiero
que Carlos fue el prisionero,
y á Arnaldo dexaron fuera.
Laur. Luego de aquesa manera,
no tengo ya que temer?
Flor. No, pues no se ha de saber.
Laur. Luego ya mi pena fiera
tan felizmente se acaba,
que mi opinion, y mi hermano
se asegura? *Flor.* Eso está llano.
Laur. Pues mejor está que estaba.
Din. Puede haber pena mas brava,
que no oir uno, hablando dos?
ó dueña, decidlo vos.
Laur. Pues encerrados estan,
y el paso franco me dan,
á Dios, Flora. *Vase.*
Flor. Laura, á Dios.
Din. La una se va por aqui,
la otra por acá: despues
esta entra en casa, esta es,
y he de declararme asi.
Detiene á Flora.
Flor. Qué es lo que haceis?
Din. Miro aqui
si está bien hecho este manto:
mal redondo un tanto quanto
quedó, quitaosle, porque
le vuelva al maestro. *Flor.* No sé
qué decis. *Din.* Poco me espanto,
que yo tampoco me entiendo;
mas suelo darme á entender.
Vuelve Laura alborotada.
Laur. Flora, amiga, si deseas
mi vida, ampárame. *Flor.* Qué
te ha sucedido? *Laur.* Mi hermano
al salir me llegó á ver,
y me sigue; mas qué temo?
por esta puerta me iré,
y cerrandola tras mi,
aun no me aseguro dél.
Vase, y cierra la puerta.
Flor. No cierres, detente, espera,
dexame á mi entrar tambien:
la puerta cierra, el temor
no la aseguró: qué haré?
Sale Fabio.
Fab. Laura en aquestos umbrales,
y desde el amanecer
fuera de casa (ay de mi!)
mis zelos dixeron bien;
pero quando dicen mal
las desdichas que han de ser?
embozado él, y ella
en su prision? entraré,
aunque me lo estorbe el mundo:
Há falsa, aleve, y cruel,
piensas que de tus traiciones
toda la culpa no sé!
Flor. Qué haré? porque descubrirme,
ni encubrirme, me está bien.
Fab. Mas yo me sabré vengar,
como declararme sé,
que zelos de honor, no mas

sé

se han de pedir, que una vez.
Flor. Detente. *Din.* Cuerpo de Christo,
no tengo yo de saber
á qué sabe el ser valiente
en mi vida alguna vez?
y quizá aqueste es gallina:
No es hombre noble, y cortés
el que tan groseramente
atropella una muger:
quien me mete en esto á mi! *ap.*
Fab. Quereislo vos defender?
Din. Sí quiero, y vuelvo á envidar.
Fab. Pues veamos si podeis.
Sacan las espadas.
Din. Luego habrá quien meta paz.
Salen Arnaldo, y todos.
Arn. Las espadas suspended.
Din. A qué buen tiempo han llegado!
Flor. Hay estrella mas cruel,
que la mia? aqui es forzoso
que me hayan de conocer.
Ces. Pues, señor Don Fabio, aqui
estos extremos haceis?
Din. Si tardan un poco mas,
vive Dios, que echo á correr.
Fab. Señor Don Cesar, yo tengo
para el extremo que veis
ocasion; y solo os ruego,
que no me lo pregunteis;
con esa dama en la calle
he tenido no sé qué:
entróse huyendo hasta aqui,
y tras ella hasta aqui entré;
pusoseme ese criado
delante. *Din.* Y hice muy bien.
Fab. Todo importa poco, asi
os suplico, que me deis
licencia para llevarla.
Flor. Nada me estará mas bien.
Arn. Quien esta muger será?
Ces. Triste de mi, que esta es
su hermana, bien lo declara,
que á Don Carlos viene á ver.
Din. Esto en efecto es reñir?
pues cosa bien facil es.
Fab. Venid. *Carl.* Eso no, esta dama,
aunque su nombre no sé,
ni quien es, ni lo que os mueve,
á mi me ha venido á ver,
y no ha de ir con vos, sin que ella
me diga que la está bien.
Flor. Pensando que me defiende
Carlos, me ha echado á perder.
Ces. No hay palabra, que no sea
un nuevo empeño. *Fab.* Sabré
desempeñar lo que he dicho,
hasta morir, ó vencer.
Din. No se me ha de pasar dia,
sin reñir alguna vez.
Ces. No mirais que estoy yo aqui?
qué es esto? mas ahora bien,
no ha de ir con vos, ni con nadie:
Esto en efeto ha de ser,
y mientras que se averigua
el caso, en mi casa esté
en compañia de Flora.
Flor. Esto solo podia ser
el remedio de mi vida.
Ces. Segura estará, que á fe,
que nunca aprendiera della
los lances en que se ve.
Venid, señora; y por cierto
muy poca razon teneis
en aventuraros, siendo
una principal muger.
Din. He de reñir cada dia,
hasta que alguno me dé.
Fab. Señor Don Cesar, no son
cosas las que llego á ver
tan faciles de pasar,
que suspensas queden bien.
Esa muger es mi hermana,
ya lo dixe, y no me iré,
sin que mi honor, y su honor
queden libres. *Arn.* Laura es?
pues ya aquesta obligacion
á mi me toca, porque
quien la sacó de su casa,
y á quien ella viene á ver,
soy yo. *Ces.* Esto solo faltaba
ahora de suceder.
A veros, Arnaldo, á vos
aqui? cómo? ó para qué?
Din. Ah, qué gusto es tirar una
de tajo, otra de revés!
Arn. Ya me es forzoso decirlo,
que si ha de ser mi muger,
mejor es que lo sepais,
que no que lo sospecheis:
yo soy el que vos prendisteis
en su jardin, porque en él
estaba con Laura yo,

dig-

digno premio de mi fe,
quando en él entró Don Carlos,
dile paso, y me quedé
yo empeñado.
Ces. Segun eso,
ella porfiaba bien:
Mas ahora de mi agravio
la duda se queda en pie;
como estabais en mi casa
vos? *Carl.* Esto me has de deber,
Flora, que no he de culparte:
Como á esta casa pasé,
y llegando á aqueste quarto,
como tan solo le hallé,
me pareció que estaria
mas seguro, quando á él
pasasteis, y como os ví
de mi padre amigo fiel,
fiado en vuestra amistad,
ni me fui, ni me ausenté.
Din. Pongome de firme á firme,
doy el tajo, y meto pies.
Fab. Que seais vos, ó sea Don Carlos,
yo me he de satisfacer.
Arn. Yo defenderla. *Ces.* Apartad,
que ni uno, ni otro ha de ser:
Entrad en este aposento,
y averiguemos despues:
mas quien está aqui? *Sale Laura.*
Laur. Yo soy,
que á Flora he venido á ver,
y escuchando aqui á mi hermano,
vengo á saber lo que es.
Ces. En verdad, señor Don Fabio,
que es muy bueno lo que veis;
está estotra con mi hija,
y quereis dar á entender,
que es la que tapada está?
Fab. A nadie le está mas bien,
que á mi, el haberse engañado;
confieso, que engaño fue.
Arn. Pues si aquesta es Laura, cielos,
quien esta tapada es?
Ces. Descubrios ya, señora,
quien quiera que seais, porque
salgamos de tanto engaño.
Descubrese Flora.
Qué es lo que miro? há cruel!
Din. O qué bien hecho está el manto!
no te enojes, que esto es
probarle, que en este punto
le acabé yo de traer.
Ces. Ahora conozco mi error:
muerte, ingrata, te daré.
Carl. Ved el empeño en que estoy,
porque la he de defender.
Ces. Quien no fuere su marido,
como, dime, ha de poder
defenderla contra mi?
Carl. Siendolo, señor, podré.
Ces. Si yo casar á Don Carlos *ap.*
con Flora siempre pensé,
para poder perdonarle,
y esto vino á suceder,
de qué me puedo quejar?
Fab. Yo deseaba tanto el ver *ap.*
empleada en Carlos mi hermana,
que me ha pesado de que
ella no fuese. *Arn.* Si yo
llegar puedo á merecer
la mano de Laura hermosa,
rendida os pide mi fe
permitais á mi ventura
este favor. *Fab.* Vuestra es
Laura, pues con tanta dicha,
todos quedaremos bien.
Laur. Esta es mi mano. *Arn.* Y la mia
con toda el alma os daré.
Din. Y pues tras tantos engaños,
el mal se convierte en bien,
si es bien casarse, las faltas
nos perdonad. *Carl.* Y diré,
que esta Comedia, que ofrece
el autor á vuestros pies,
hoy ESTÁ MEJOR QUE ESTABA,
si os ha parecido bien.

FIN.

Con Licencia. BARCELONA. POR FRANCISCO SURIA Y BURGADA, Impresor, calle de la Paja.
A costas de la Compañia.